

a inteligencia recesión libro textos navegar
pronto visión descubrimientos asumir
ntos yo luego tú naturalmente charla
leza saber amistad sensualidad color
auna lluvia Soñaba el ciego primavera
caña vía que veía, y extravagante
saciedad soñaba lo que vivacidad
respecto dibujar quería correr párrafos
ad lectura escritura manuscrito vida
e apoteosis Palabras+ democracia encanto
tástrofe puente canal embocadura versos
ción «De la traducción a la creación» yoga
a alegría Concurso de relatos 2016 espacio
ar menospreciarse compasión moda dar
después fuerte paisaje placer
influir ignorar niños salto flamenco
to mundo comunicación filosofía pensar
humilde batalla antes intercambio



ÍNDICE

BASES DEL CONCURSO	1
CONCURSO LITERARIO PARA TRADUCTORES E INTÉRPRETES	3
PREFACIO	7
CANALES	9
DEL SENTIR DEL BOSQUE (O DEL ALMA MALTRATADA)	11
REDONDO	15
LA MAGIA DE LA TRADUCCIÓN	17
ESTANCIAS	21
LA SEMANA NUNCA TERMINA SIN SORPRESAS	25
LA TERCERA CAVIDAD	29
LA TRAVESÍA	33
MONOMORFISMO Y RIESGO DE EXTINCIÓN DE <i>NAUTILUS POMPILIUS</i> AL SUR DEL PARALELO 66°S	37
EL ÁNGEL	41
UNA TILDE	45
SOÑÉ PALABRAS	47
SIN PALABRAS	49
VER O SÍMIL	53
LA MISTERIOSA HABITACIÓN BURDEOS	57
ALEGATO EPICENO	61
SERENDIPIA	65
SOY QUIEN DIJE SER	73
CONTIGO	79
DCLXC A. U. C.	83
LISTA DE AUTORES Y LECTORES	85

BASES DEL CONCURSO



Palabras+ y la Asociación de Funcionarios Internacionales Españoles (AFIE), en colaboración con la Facultad de Traducción e Interpretación (FTI) de la Universidad de Ginebra, la Asociación Internacional de Traductores de Conferencias (AITC) y el Club del Libro en Español, convocan la tercera edición del:

CONCURSO LITERARIO PARA TRADUCTORES E INTÉRPRETES

«De la traducción a la creación»

Las primeras ediciones del concurso demostraron el interés del traductor por las letras en toda su extensión, no solo la versión clara y correcta de un texto ajeno vertido a su propio idioma, sino también la expresión de mundos imaginarios en blanco y negro. Todos amamos el idioma, cómo no, pero cada persona es un mundo y cada traductor es una expresión original. Este año tenemos un nuevo pretexto para incitar a todos nuestros colegas a escribir su mundo o a calificar los relatos que vamos a recibir: bienvenidos a la tercera edición del concurso «De la traducción a la creación».

1. TEMA DE LA TERCERA EDICIÓN DEL CONCURSO:

«Soñaba el ciego que veía, y soñaba lo que quería»

Te proponemos la siguiente cita: «*I know that you believe you understand what you think I said, but I'm not sure you realize that what you heard is not what I meant*». Tradúcela libremente e incorpórala a tu relato. Envíanos también una fotografía, un dibujo, una imagen o cualquier otro elemento gráfico con el que quieras ilustrar tu texto.

2. PARTICIPANTES

Podrán participar las personas que trabajen o hayan trabajado como traductores o intérpretes, sean empleados permanentes, temporeros o jubilados, así como los estudiantes de traducción e interpretación.

3. PRESENTACIÓN DE LAS OBRAS

Cada concursante presentará un relato en el que integrará la cita traducida al español. Han de cumplirse los siguientes requisitos:

- Las obras estarán escritas en español, serán originales e inéditas y no habrán sido premiadas con anterioridad ni estarán pendientes de fallo en otros certámenes.
- No tendrán más de 1.000 palabras y se presentarán en formato PDF, en caracteres Arial 11 a doble espacio.
- Los relatos se enviarán por correo electrónico a la dirección palabrasmas@afie.es y se indicará el seudónimo del autor en «Asunto». Se adjuntarán al mensaje tres ficheros: un documento Word titulado [SEUDÓNIMO DEL AUTOR]_DATOS.doc en el que consten exclusivamente el título de la obra, los datos personales del autor, su correo electrónico y número de teléfono y una breve descripción (máximo 5 líneas) de su experiencia justificable como traductor o intérprete; un documento PDF titulado [SEUDÓNIMO DEL AUTOR]_RELATO.pdf que contenga el relato firmado con el seudónimo; y un tercer fichero titulado [SEUDÓNIMO DEL AUTOR]_IMAGEN.jpg con la imagen que hayas elegido para ilustrar tu relato.

La persona encargada de la recepción de los trabajos velará por el secreto de la autoría. Al final del concurso desvelaremos los nombres de los lectores y de los autores, sin indicar quién es el autor de cada relato (excepto en el caso de los dos relatos ganadores).

4. JURADO

Si no quieres enviar un relato, pero te gustaría participar en el jurado, puedes inscribirte para evaluar los textos de tus colegas. Todos los relatos serán evaluados por varios lectores que los calificarán de 1 (puntuación mínima) a 10 (puntuación máxima). Ganará el relato que obtenga la puntuación media más alta. En caso de empate, Palabras+ elegirá el relato ganador.

5. INSCRIPCIONES Y PLAZOS

Puedes inscribirte como escritor enviando tu texto antes de las 12 de la noche (hora de Ginebra) del 30 de junio de 2016 a palabrasmas@afie.es.

Si quieres inscribirte como lector, envía un mensaje electrónico con tu nombre y apellidos, dirección de correo electrónico, teléfono de contacto y una breve explicación (máximo 5 líneas) de tu experiencia profesional en el mundo de la traducción o la interpretación a palabrasmas@afie.es. El plazo para inscribirte como lector expira el 30 de junio de 2016 y el plazo para evaluar los textos termina el 18 de septiembre de 2016.

6. PREMIOS

- La satisfacción de haber escrito algo que ha despertado el interés de tus colegas.
- La publicación electrónica de los mejores relatos en la [página Web del concurso](#) y su difusión en otros sitios Web relacionados con la traducción y la interpretación.
- El primer premio será un curso virtual de [microrrelatos](#), patrocinado por la [Escuela de Escritura del Ateneu Barcelonès](#), que se impartirá durante 3 meses a partir de abril de 2017. El ganador del segundo premio recibirá un vale de 150 CHF para una librería de su elección.

7. OTRAS CONDICIONES

- La presentación de una obra y la inscripción como lector suponen la plena aceptación de las presentes bases por parte del participante.
- El fallo del jurado, que será inapelable, se hará público en la [página Web del concurso](#) a lo largo del mes de octubre de 2016.
- Los miembros de Palabras+ podrán participar en el presente concurso, pero no podrán optar a ninguno de los premios.
- Se ruega dar la máxima difusión.

Palabras+

PREFACIO

«Soñaba el ciego que veía, y soñaba lo que quería»

Entusiasmados siempre, porque esta propuesta sin incentivos monetarios sigue despertando interés entre muchos de nuestros colegas, lanzamos la tercera edición del concurso con un nuevo tema. Para los escritores del concurso Palabras+ no hay mejor aliciente que el desafío de la página en blanco, la aspiración a articular su visión del mundo, o de un instante, en un relato convincente.

La sabiduría popular ha condensado en este refrán lo que todos intuimos: la realidad no es tan real como la pintan, cada cual tiene la suya. Como muchos, consideramos que la ficción es quizás el recurso más eficaz para dar a entender lo real —¿o una de las realidades posibles?—, la ventana por la que uno puede asomarse al mundo con todos sus matices.

«La realidad mata, la ficción salva»

Javier Cercas, en «El impostor»

Las interpretaciones de la propuesta de la tercera edición son muy diversas. Hemos recibido relatos de toda clase que demuestran que lo importante es dejar siempre libre la imaginación, que la lengua nos da las mejores herramientas no solo para expresarnos, sino, más importante aún, para pensar.

Los relatos que más han gustado a los profesionales de la traducción y la interpretación que se apuntaron a calificar son:

«Canales» (Lucía Bermúdez) y «Del sentir del bosque (o del alma maltratada)» (María del Carmen de Bernardo Martínez).

De nuevo tenemos que dar las gracias a la AFIE, nuestra compañera infatigable en la organización del concurso. Gracias a todos los que os habéis atrevido a compartir vuestra visión de la realidad y a los que os habéis prestado a emitir un juicio sobre los textos de otros colegas. Gracias a los que habéis contribuido a que un año más el concurso salga adelante y a todos los que habéis venido a compartir este momento. ¡Os esperamos en la próxima edición!

CANALES



Todos cucarachas. Unas más altas, otras más rechonchas, una plaga variopinta y repelente. Las había alemanas, americanas y francesas. Ya empezaban a verse sus antenas por el Campo de Santa Margheritta, sobre todo al lado del canal. La señora María detrás del visillo apretó los labios en un gesto de asco. Apenas había amanecido: ¡pronto llegaban! Iban solas, en pareja o con otras cucarachas más chiquititas detrás, comiéndose un helado, cuando lo

propio hubiera sido un buen desayuno acompañado de vino, como los que se tomaba en el bar de abajo su añorado Aldo. La señora María se armó de valor, se caló la rabia a modo de yelmo y salió traqueteando escaleras abajo con su carrito de la compra a la cegadora luz de la calle. En la calle, protegida del sol por su visera, Stéphanie, estudiante de Lucerna, no veía sino colores, formas y seductores edificios que le hacían sentirse reconciliada con la vida. Luz, luz y más luz. Y mucha gente, eso sí. Entre los múltiples turistas, algún local, como aquella entrañable señora que había visto salir de casa y ya volvía de la compra con el carrito cargado de vituallas y un geranio fucsia asomando por fuera. ¡Era del tono exacto de su jersey! Stéphanie no pudo resistirlo y, aunque la memoria de su móvil estaba cargada hasta los topes, quiso hacer una foto más. Desplegó en un ágil gesto el brazo extensible de las selfies y ya con el cheeeeeeeese en la boca agarró a la señora por el hombro. La señora María vio a Stéphanie venírsele encima y, sin inmutarse, empezó a explicarle lo repugnante que le resultaba verlos a ella y a sus semejantes apelonarse

en los restaurantes, traga que te traga. Puro cricricri y bisbiseo. Y por detrás de ese roer de basura precongelada, el sonido del agua filtrándose. ¡La laguna estaba por recuperar lo que era suyo, sí! Los cimientos de Venecia se sumirían pronto en el agua y todos, la señora María (si habían de verlo sus ojos), sus nietos, y la santa memoria de Aldo, se hundirían para encontrarse con Dios sabe qué Atlántida antigua. La ciudad desaparecería en su rebalsa de mierda, pero al menos se llevaría consigo aquel tropel de caparazones pardos. Stéphanie sonreía sin comprender una palabra. La señora María la miró un instante a los ojos y le dijo en dialecto veneciano: «Creo que crees que entiendes lo que piensas que dije, pero no sé si te das cuenta de que lo que oíste no es lo que quise decir» y se apartó tan bruscamente que a la chica se le escurrió el móvil y este fue a dar al canal. Stéphanie se lamentó: tenía que haberlo agarrado con las dos patitas de delante y no solo con una.

Isla Brión

DEL SENTIR DEL BOSQUE (O DEL ALMA MALTRATADA)



Sabía que había una luz más allá de la negrura que la rodeaba. Sabía que el bosque opaco y sin vida en el que se encontraba era una estancia pasajera. Sabía que había ramas a las que aferrarse para salir del vacío inmenso que la embargaba y en el que se adentraba cada vez más a cada segundo que transcurría. Segundos marcados por el reloj de su muñeca, el reloj de la muerte, pero... por esos segundos sabía que estaba viva y que la vida transcurría, pero la luz la cegaba, el bosque la oprimía y ya no alcanzaba las ramas de los árboles.

«Hola, amor. ¿Qué tal te ha ido el día». Respuesta monosilábica. «Pues a mí...». Parrafada interminable alabando sus proezas, ensalzando sus virtudes y engordando su ego. Todo justificado. «¿Qué te parece si...?» Intento de diálogo. Y, entonces, llega la violación, psicológica, nunca le ha puesto la mano encima: «Hasta que te conocí no te sacabas partido» (pero si siempre he sido atractiva... Duda). «Conmigo has conseguido mejorar, antes eras muy conformista» (pero si siempre me he sacado las castañas del fuego... Duda). «No te maquilles para ir a trabajar» (pero si

siempre me he maquillado, ¿desde cuándo no le gusta?... Culpa). «No me has preguntado qué tal estoy después de lo que me ha ocurrido, ni dado las gracias por la cena de hoy» (pero si no me ha dejado articular sonido... Más culpa). «Ya no me cocinas como antes» (pero si no he cambiado, ¿qué hago mal?... Gran culpa). «Los planes con tu familia son aburridos y con tus amigos, un tostón» (pero... Dudas, culpa y soledad).

Las semillas de la duda que había ido sembrando poco a poco en su interior atribulado habían arraigado y germinado, hasta florecido, dando paso a la culpa, culpa por ser agradable, bella, buena, querida, simpática, solidaria, trabajadora, tolerante. Culpa por ser ella, sin más. Y así fueron proliferando muchas otras culpas: por su comportamiento, por su actitud, por sus defectos y por sus errores. Las culpas eran flores podridas que la adornaron hasta sepultarla. Entonces, llegó la soledad, el nudo en la garganta, la angustia en el pecho y no querer hablar. Perdió la sonrisa y aprendió a justificarlo para justificarse que era feliz y que estaba haciendo lo que debía y lo que se suponía que debía hacer. Error. Seguía sonriendo, sin brillo.

El llanto, siempre solitario, era el abono diario de ese bosque aciago en el que se hallaba. La angustia, su única compañera, día y noche. La fachada, su disfraz diario con el que enfrentarse al mundo, convertido en un teatro en el que protagonizaba una pieza rocambolesca.

Hasta que un día pudo escuchar el sonido de una de las ramas. Oyó un murmullo que se fue haciendo inteligible: «Sé que crees que comprendes lo que tú piensas que te llevo diciendo desde hace tiempo, pero no sé si te das cuenta de que lo que oías no es lo que yo quería decir». ¿Y qué quería decir? Ella le daba vueltas y vueltas sin encontrarle sentido a esas palabras que se le aparecían como un trabalenguas, un acertijo.

«Mi situación es normal. Vivo una vida normal. Está atravesando un duro momento, si él es un caballero, es que se calienta fácil, pero luego es muy cariñoso. Me trata bien, siempre me dice que lo que hace es por mí, por mi bien, para que prospere. Claro, si quiere lo mejor para mí. Y está orgulloso de mí, aunque me corrija, a cada segundo».

Al día siguiente otra de las ramas le arañó la cara, icómo escocía! Y al otro, otra rama lo hizo en el brazo; ese rasguño ya no cicatrizaría. Al poco tiempo, otra rama, más frágil, cayó entre sus manos. Y ella prorrumpió en un llanto inconsolable, sacó sus dudas afuera, pateó su culpa y espantó a la soledad. El bosque se abrió y, rota como estaba, la luz la acogió y la consoló.

Se olvidó de los tabúes, de la vergüenza y del qué dirán: era una mujer maltratada, sí, y no era su culpa. Vale, de acuerdo, no había sabido verlo, a pesar de que se lo habían advertido, pero no, no era su culpa, estaba harta de culpas, lo que aquella rama quería decirle era que tenía derecho a sentirse víctima. Tenía derecho a reconocer el maltrato, ya había estado antes sentada en ese bosque infausto y denso desde el que divisaba una luz lejana e inalcanzable, y le había pasado a ella, sí, a ella. Tenía derecho a apoyarse en esas ramas, atentas, indispensables, pacientes. Esas ramas que saben que el maltrato no es un asunto solo de otros, ni algo extraño, ni ajeno, es algo que pasa y pasa sin que una se dé cuenta, y cuando se da cuenta... La vergüenza, la inverosimilitud de esa función teatral, el fracaso, el lavado de cerebro... han arraigado tan profundamente que se siente como algo normal. SOLA no podía. SOLA no se puede. Benditas ramas que esperaron el momento para mostrarle la verdadera realidad de ese bosque: donde hay sombras, siempre hay luz; donde hay duda, llega la certeza; donde habita la angustia, se da paso a la esperanza.

Había dejado de ver un bosque siniestro, había comprendido el sentido del murmullo de las ramas: las palabras pueden llevar a equívoco, dependen de variables intrínsecas y circunstancias extrínsecas, del interlocutor y del receptor, de los sueños y de lo que solo se desea ver.

Y por fin, al observar su reflejo en el agua iluminada del lago de aquel extraño bosque, vio su realidad, y por fin se vio bella y se sintió segura y se convirtió en rama: llevaría la luz, disiparía la duda y acompañaría en silencio a otras como ella.

«No al maltrato» —se dijo, y se marchó con sus cicatrices y sus miedos de aquel bosque al que no volvería jamás.

Quenare

REDONDO



Al principio no era nada y nació el mensaje. Es decir, yo mismo, un cuerpo de ceros y unos. Me habían gestado en cuestión de un instante las yemas de los dedos de un hombre revoloteando sobre un aparato móvil. El padre tejedor, mi parca personal. Abrí mi único ojo y contemplé el mundo del que soy parte. Detrás de mí, la sombra de mi Creador. Ante mí, el Desfiladero. Hilillos de un líquido granate discurrían hacia él por entre mis dos patitas de porcelana para ir a derramarse

vertiginosamente en un único torrente. Sentí el pulso del universo en la sien. Estaba vivo y mi existencia tenía una finalidad: llegar de una pieza a mi destinataria, que se encontraba al final de aquel río. Decidí dejarme succionar por el vórtice del horizonte para ir hasta ella. Así que salté y, suspendido en el aire, fui uno con la Gran Serpiente, el Loto Blanco, las Siete Esferas. De repente, estaba sumergido en el anchísimo río, atravesando lo que parecía un desierto infinito. Bastaba con dejarse llevar por la corriente. Crucé los dígitos de la terminal telefónica de mi destinataria con el caudal de datos en el que me bañaba y enseguida su complejión se dibujó en mi retina de cristal... Qué bonita era. Al cabo de un rato, en una de las orillas vi aparecer una esfinge. ¡Su cara era la de ella! Y la esfinge habló. Dijo algo ininteligible y sentí un pinchazo en el costado. A lo lejos vi otra esfinge igual a la primera. También habló. Otro pinchazo y además un ardor. Sentí que se me derretía la espalda; entonces lo supe: me estaban cambiando. Las esfinges, con sus palabras incomprensibles, habían hecho nacer cientos de bubas en mis brazos, mi

dorso; las piernas se me habían transformado en ampollas cuyo peso me arrastraba hacia las profundidades. Las palabras de una tercera esfinge retumbaron en mi interior. Me bailaban los ceros, me bailaban los unos. Dejé de ser yo, transfigurado a causa de mis múltiples laceraciones. Fiebre. Me hundí, lastrado por lo que ya no reconocía como mis propios pies. Perdí el conocimiento. Cuando desperté, estaba en la orilla, seco, pero totalmente cambiado. Me había convertido, por lo que pude ver y palpar, en una esfera dorada. Ni rastro de las esfinges. Ante mí, dos palmeras muy separadas sujetaban en lo alto un cartel con el lema: «Creo que crees que entiendes lo que piensas que dije, pero no sé si te das cuenta de que lo que oíste no es lo que quise decir». Aturdido aún por aquel galimatías, escuché una voz a mis espaldas. Me di la vuelta y lo vi: otro mensaje redondo como yo me daba la bienvenida con una sonrisa serena, ofreciéndome lo que parecía, olía y a todas luces era un combinado de ron-con-cola. Detrás de él asomaban sonriendo otros seres de formas y colores diversos sin dejar de bailar a lo tropical. El del ron-con-cola me los fue presentando: aquí el piloto que bombardeó Ginebra en la guerra del 45 pensando que era Génova; aquí la señora que siempre pide pepinos cuando quiere calabacines; aquí el tímido que pasa por altivo y el emigrante que nunca aprendió el idioma del país de acogida... y todos estos somos las negativas y los silencios malinterpretados, deformados por personas inasequibles al desánimo... Sonrió triste él... Sonreí triste yo. Pensé en mi destinataria: ¿sería más feliz después de haberme malinterpretado? En ese momento, me pareció atisbar de nuevo a la Gran Serpiente, bailando entre los demás equívocos. Me miraba, estoy seguro. Así que hice lo único que cabía hacer: tomé aire y me interné en la pista de baile.

Alejo Beluso

LA MAGIA DE LA TRADUCCIÓN



Quando llegué a EEUU hace 27 años mis conocimientos de inglés eran muy básicos por lo que necesité la ayuda de traductores por algún tiempo.

—Creo que aunque pienses que has entendido lo que he dicho, no te das cuenta de que lo que has oído no es lo que he querido decir.

Esto es exactamente lo que pensaba cada vez que el traductor no decía exactamente lo que yo quería expresar.

Hasta cuando hablamos el mismo idioma nuestras palabras pueden ser malinterpretadas, así que imaginarnos lo que sucede cuando tratamos de hablar en otro idioma. Sé que aquellas personas que hayan estado expuestas al mundo de la traducción, ya sea como traductores o como traducidos, me van a entender perfectamente. Yo pasé de ser traducida a ser traductora por lo que conozco perfectamente el proceso de esta magna transformación.

Fue en este maravilloso país donde descubrí la fuerza y el poder de mi idioma, el español. Hace muchos años leí «**Haz de tu debilidad tu fuerza**». Mi debilidad era el idioma inglés, pero mi fuerza radicaba en el español, un idioma tan necesario en el sur de California. Aprender inglés se convirtió en mi prioridad principal. Me sumergí en todos los aspectos del idioma ya fueran culturales o académicos. Descubrí que cuando se

vive en un país extranjero, la conquista del idioma empieza cuando se pierde el miedo a hablar o a hacer el ridículo.

La primera vez que experimenté la magia y el influjo del español se produjo seis meses después de mi llegada. Siempre me gustó escribir y pude ponerlo en práctica cuando un periódico bilingüe me ofreció la oportunidad de publicar artículos bilingües relacionados con la población hispana. Con el poder que tiene la palabra escrita y la fuerza de las ideas, me centré en los temas de los hispanos y fui la portavoz de esas voces silenciosas. Esta fue mi primera aportación como escritora bilingüe, promover un mundo mejor por medio de la difusión de ideas.

La segunda vez, sucedió unos meses después y de nuevo con la población hispana más desfavorecida y necesitada. Mi marido, profesor de inglés, iba todos los días a un rancho entre las montañas a enseñar inglés a los emigrantes. Estos trabajadores procedían de zonas rurales de sus países y muchos de ellos aun hablaban sus dialectos, por lo que el reto para ellos era el doble. Tenían que aprender inglés y también español. Empecé a ayudar a mi marido con este grupo de emigrantes que apenas podían expresarse verbalmente en un idioma que no era el suyo. No hacían falta palabras para saber lo que estaban pensando:

—Aunque piense que ha entendido lo que he dicho, eso no es lo que he querido decir.

Me resultaba tan familiar...

Estas experiencias iban a darme una dirección y un propósito en este nuevo continente. El español iba a ser mi montura y el dominio del inglés mi objetivo.

Fue así como, poco a poco, me fui introduciendo en el mundo de la traducción. El inglés y el español se convirtieron en mis muletas. Iba a aprender a balancear estas dos necesidades tan similares y al mismo tiempo tan contrapuestas. De esta manera, se iba a crear una extraña simbiosis de la que todos saldríamos beneficiados. El universo empezó a conspirar en esa dirección. Todo lo que tenía que hacer era dejarme llevar por la corriente de los acontecimientos y contribuir con mi español en cualquier ocasión que se presentara.

Las circunstancias me iban a dirigir hacia el área profesional de los distritos escolares siendo mi español la cualidad que más se iba a valorar y necesitar en el mundo anglosajón. Me convertí en la traductora incondicional de los padres hispanos y de los maestros anglosajones que necesitaban de un traductor para poderse comunicar efectivamente. Poco a poco me fui involucrando en otro tipo de actividades y situaciones en las que se requería ayuda de traductores hispanos. Mi vida cobró un nuevo sentido al sentirme necesaria, útil e imprescindible. Desde entonces sigo haciendo traducciones orales y escritas para los distritos escolares y otras instituciones.

Las traducciones orales no tienen que ser necesariamente literales. Lo importante es saber transmitir y comunicar sin desviarte del objetivo principal y lograr que el traducido se sienta cómodo.

La traducción escrita me apasiona, pero tengo que admitir que es un auténtico reto lingüístico. Es necesario poseer un cierto dominio de la gramática para no cometer errores graves. Por medio de la traducción he descubierto la belleza de los idiomas y que siempre se aprende alguna palabra o expresión nueva.

La traducción escrita me ayuda continuamente a mejorar en los dos idiomas. Además incrementa mi curiosidad por explorar más profundamente la idiosincrasia de los idiomas. Sin lugar a dudas es un reto, pero un reto que disfruto enormemente.

Quisiera añadir que siento que con la aportación de mis traducciones coopero a hacer de este mundo, a veces hostil, un mundo más solidario y feliz. La solidaridad es un idioma universal que **NO** conoce las barreras lingüísticas. La solidaridad es la magia que se produce cuando el necesitado se encuentra con el traductor. La satisfacción que se siente después de participar en una traducción va mucho más allá de lo que mis palabras puedan expresar. Las traducciones son una aportación al presente, al pasado y al futuro de la humanidad. ¿Cómo podríamos leer las obras de Shakespeare, Steinbeck o Tolstoy si no fuera gracias a la dedicación y labor de sus traductores?

Para terminar, puedo afirmar rotundamente que la traducción cambió la trayectoria de mi vida, solidificó mi reputación y me dio un trabajo fijo y duradero en el distrito escolar.

Permitirme que me despida con una cita de José Saramago - Premio Nobel de Literatura 1998.

«Los escritores hacen la literatura nacional y los traductores hacen la literatura universal.»

BaPor

ESTANCIAS



«Ya sé que crees haber entendido lo que piensas que he dicho, pero no estoy segura de que te hayas dado cuenta de que lo que has oído no es lo que yo quería decir». Con estas palabras la psiquiatra se despidió de la consulta y me dejó en manos de las enfermeras, que me redirigieron a la sala principal de la planta. Caminé por el pasillo acompañada hasta reunirme con los demás. Todavía me veía afectada por un tumulto de pensamientos que inundaban mi esencia y no me dejaban respirar con tranquilidad. En la sala reinaba una tranquilidad aparente ahogada por algún que otro grito del último paciente que había ingresado. «Todavía podría ser peor», pensé y di las gracias a alguien experimentando una extraña sensación de confort que hacía la situación más soportable. Aún sin entender como había llegado a este punto, sentí un vacío interior y una tristeza que me ahogaba. Mi mundo, tal y como yo lo había concebido años atrás se había desmoronado en poco tiempo y ni tan siquiera era capaz de empezar a digerir la situación. El hecho de querer negar lo que era tan obvio me había llevado a una visión falsa de la realidad. Pero, ¿de la realidad de quién? De pronto tuve un momento de claridad y me pregunté dónde había pasado todos estos años y si realmente me encontraba en la planta de un hospital. Mi situación actual me decía que

debía de haber estado poco atenta a mi alrededor y que mi burbuja había explotado finalmente de manera brusca. ¿Explotado? Quizás la había pinchado yo porque sabía que algo no acababa de ir bien. Llevaba dos días ingresada y no podía dejar de pensar en todo lo que se me negaba por mi conducta, ¿pero tenía alguien algo que ver? ¿Estaba realmente enferma? Los sentimientos de culpabilidad se acrecentaban de manera exagerada y a menudo escondía o bajaba la mirada. Mi estancia allí seguramente iba a servir para proponer un diagnóstico. Si había algo que no encajaba y, poco a poco entendí que era así, en esos momentos necesitaba ayuda para esclarecerlo. Durante los dos últimos años habían ocurrido demasiadas cosas a mi alrededor: muerte, desempleo, desamor, pérdida de amistades, constantes traslados y fiestas a las que no podía asistir por un motivo u otro e incerteza. Mucha incerteza. Incerteza hasta el punto de dudar de todo, y finalmente me colapsé, dejé de entender lo que me decían y proponía versiones alejadas de la realidad creando confusión a mi alrededor. La sensación de bailar como un títere al son de la canción de todos había aumentado de tal modo que sólo me podía dejar llevar por el ambiente y finalmente me faltaba el aire.

Cada nuevo amanecer en ese extraño lugar me aportaba una nueva serenidad que no conocía. Tenía la sensación de que alguien tenía la clave de mi sinvivir y no podía por menos que estar agradecida y permanecer tranquila aceptando las observaciones que recibía. Pruebas, charlas y muchas preguntas. Tantas que quedaba extasiada tras cada intervención. Mi vida estaba dando un giro de 360 grados, me percaté, aunque tarde; eso hacía años que ocurría y yo no me había dado cuenta. Era el momento de no dejarse llevar por el absurdo y de iniciar un proceso de introspección. Después de unos días allí, me di cuenta de que había más gente. Algunos llevaban allí más tiempo que yo, otros llegaban a la hora de comer o después de la siesta. «Había gente en situaciones parecidas», pensé, y todos necesitábamos ayuda por algún que otro motivo, algunos

más otros menos. Me puse a observar y descubrí con mis propios ojos la fragilidad del ser humano en mi interior. Cada vez que entraba alguien nuevo todos observábamos con detenimiento el estupor de encontrarse en un sitio extraño y encerrado. Los primeros días eran duros para todos, pero los unos a los otros nos ayudábamos a entrar en razón. Ahora entendía las palabras del médico con más claridad: «... no estoy segura de que te hayas dado cuenta de que lo que has oído no es lo que yo quería decir». Todo formaba parte de ideas delirantes que no me dejaban ver la realidad con mis propios ojos. No podía seguir así, la convivencia se hacía insoportable y en el fondo era de agradecer poder recibir ayuda. Ahora entiendo que en la fragilidad del ser humano existe una Fortaleza, que es la de aceptar la ayuda y los consejos de los demás en momentos de dificultad. Los niños pequeños siempre intentan hacer las cosas solos y los adultos les dan la mano para que no se caigan por las escaleras o para cruzar la calle. Aceptamos derrotas con dificultad aunque no sabemos a ciencia cierta si hemos logrado la victoria alguna vez.

Pasaron los días y mis momentos de claridad iban en aumento. La adaptación del ser humano a las nuevas situaciones le hace sobrevivir, me decía. Sobrevivir queremos todos y no sólo eso, pero todo lo demás son palabras mayores. De todas las personas que conocí, de todo lo que vi y oí durante mi estancia allí, guardo un recuerdo algo borroso pero imborrable; también recuerdo quién estuvo a mi lado en esos momentos. Quienes se tomaron el tiempo para venir a verme en mi estado, no me dejaron y siguen estando ahí. Y hoy, frente a otras situaciones y otros momentos, a veces me oigo repetir: «Ya sé que crees haber entendido lo que piensas que he dicho...».

Beerheide

LA SEMANA NUNCA TERMINA SIN SORPRESAS



El día en que nació Pablo el campo se iluminaba de un resplandor extraño y los montes anunciaban milagros. Nació con los ojos abiertos y una sonrisa en los labios. Las matronas del pueblo no habían visto nunca un niño como este, un niño selenita, dijeron algunas.

La escuela y el instituto. Pablo, el niño distinto, lo miraba todo como los marineros que saben que no hay dos olas iguales, que siempre puede venir una que los cogerá desprevenidos. Los maestros nunca consiguieron que entendiera la lógica de todos nosotros, que la línea más directa entre dos puntos era —lo decían todos los manuales de geometría— elegancia y totalidad.

—Pero cómo va a ser total el camino que va de la escuela a la casa por un atajo, si evita el roble que plantaron los abuelos y el rancho de la tía donde cada día hay un olor distinto en la cocina y puedes acariciar los gatos. Un camino que no te deja ver si han salido ya los jacintos en el recodo del bosque.

La totalidad y la elegancia, insistía Pablo, solo pueden estar en la línea más larga, porque cualquier otra te oculta una parte de la verdad. Totalidad, comprensión y universo... El universo —decía— tiene que ser

una cosa muy grande porque no hay nada si no hay todo. Lo demás son engaños y asomos.

El taller donde aprendió la mecánica de automóviles era para él un templo de alquimia, un festival de fórmulas mágicas: cigüeñal, engranaje planetario, ballesta y perno capuchino...

*«Qué haces, cigüeñal,
entre carreras perdido,
que te tienta el levantalevas,
y te olvidas de tus émbolos».*

Pablo arregla los coches de los vecinos en verso, con la misma sonrisa en los labios que tenía al nacer. Se emociona con la estratagema del carburador y admira cada vez el milagro de una chispa que lanza los pistones en loca carrera. Y siente devoción ante las líneas perfectas del Alfa Romeo Giulietta Spider 1955.

Lunes: antes de ir a trabajar, Pablo llama a Marta. Le dice que de su ventana ha visto la montaña más bella que nunca, que ha salido temprano a dar una vuelta por el bosque y ha acariciado la corteza de los robles, arrugada como la nobleza de años bien vividos. Que abriéndose paso entre las hierbas ha esquivado centinelas minerales y se ha cobijado bajo encajes de ramas y el telón azul del cielo. Que el narciso de las nieves ya anuncia la primavera.

Marta calla, apenas intercala monosílabos que cualquiera entendería como veladas reprobaciones. Pablo no, porque para él todo esto no es más que un atisbo del infinito. Marta, en cambio, está cada día más convencida de que este chico solo busca evitar la línea directa, escapar de un oficio ingrato y soñar con ser otro.

Y un día decide echar sus cartas: «Dímelo claramente: sientes que lo tuyo es poca cosa, estar con la nariz metida entre motores. Tú lo que quieres es escapar de tu destino y, encerrado ocho horas en el taller, envidias al escalador, sueñas con ser parapentista, explorador o esquiador de extremos.»

—Marta, querida, estás convencida de que has entendido todo lo que tú crees haberme oído decir, que puedes leer en mí como en un libro abierto.

—Pero si está más claro que el agua, siempre tienes bosques y nubes en la cabeza, y vas por todas partes al mismo tiempo.

—¿Nubes, dices? ¿Has notado que se han puesto en fila, como si te estuvieran escuchando?

Esto no tiene remedio —piensa Marta—, ahora son nubes en fila india...

Miércoles: Marta se pregunta si no se estará perdiendo una parte del cuento. ¿No tendría que estar más atenta, mirar ella también a los lados para ver en el bosque la brisa, en la corteza la caricia y en las nubes un anuncio? Tal vez no se ha dado cuenta de que todo lo que ella cree que Pablo le ha estado diciendo, no es lo que de verdad ha querido decirle. Marta no sabe todavía que Pablo quiere tener el mundo dentro. Que a los robles se acerca como un hermano y no envidia a los forestales; que no quiere ser parapentista sino meterse el aire en la sangre; que tampoco quiere ser ornitólogo, ni explorador, ni nada. Solo quiere vivir con los ojos abiertos y no perderse nada.

Domingo: Pablo se está muriendo en una cama del hospital. Está mirando la gota que se alarga, lentamente, en el tubo de transfusión, y le agradece que no golpee sus venas, que venga con una caricia para aliviarle el dolor. Antes de cerrar los ojos para irse ya a acabar de entender, ha visto una libélula en vuelo estacionario y sonríe al recordar las leyes de la sustentación. Pablo muere como nació: con una sonrisa en los labios.

Benito Gaddi

LA TERCERA CAVIDAD



Esa tarde de verano Juan Lorenzo se encontraba en el parque del obelisco, en las horas en las que el bullicio urbano desdibuja totalmente la falaz pastoralidad de ese lugar en el que había identificado atinadamente a muchas de las mujeres a las que había redimido.

Pocas veces había errado, siempre apoyado en su intuición. No hubiese podido enseñar a otro a reconocer las señales de oportunidad. Pero sí tenía conciencia de algunos rasgos que parecían señalar a las desilusionables: una cierta forma de caminar con algo parecido a la elegancia, una mirada que a veces escudriña absurdamente el vacío, una gestualidad de las manos sutilmente incoherente con su diálogo.

¿Habría muchos otros comprometidos en secreto con esta causa? se preguntaba entonces, como todos los días. Deseaba que así fuese. Sabía que las acciones de su célula eran matemáticamente insignificantes. El Triunvirato nunca hablaba de eso, y ninguno de los ejecutores se había atrevido a preguntar cuántos sumaban todos ellos.

Al llevar la mirada al obelisco, Juan Lorenzo reparó en una joven de cabello rubio que aún de lejos evidenciaba su poca belleza. La descartó y continuó reflexionando acerca de su misión.

«Ustedes son unos privilegiados», le espetaban los tres enanos al grupo de ejecutores, al que pertenecía Juan Lorenzo. Los enanos les habían

estructurado una vida llena de riquezas y recursos, con innumerables oportunidades de encuentro con también incontables mujeres. Las habilidades de seducción eran un factor insoslayable al elegirlos, pero no menos el que buscaran darle sentido a sus vidas.

En el instante en el que la puntiaguda sombra del obelisco alcanzó el banco en el que se encontraba Juan Lorenzo, la rubia comenzó a caminar hacia él. Le divirtió que parecía que la larga sombra la proyectase ella, como en esas películas en las que se muestran estiradas siluetas amenazantes sobre el suelo.

Al estar cerca, Juan Lorenzo simuló haber quedado impactado por la joven. Era ya un hábito, una práctica que no pocas veces había despertado el interés de sus objetivos y allanado caminos.

Ella sonrió para sí misma y callada procedió a sentarse, con las piernas dobladas sobre el banco. Juan Lorenzo analizó los posibles resultados de una interacción. Era bastante fea, de modo que su efecto multiplicador sería de poca magnitud dada la probable escasez de parejas en su vida. Además no le atraía, por lo que su propia *performance* amorosa seguramente no lograría la meta deseada. Aún así le habló. Ella le dijo que se llamaba Dafne.

Luego él se levantó, listo para despedirse, ya decidido a no seguir adelante. Al Dafne levantarse también y poner los pies sobre el suelo, Juan Lorenzo percibió impactado que de ella irradiaba una gran fortaleza, como la de un inmenso árbol. Bajó la cabeza al sentir un leve mareo y vio con profunda agitación que los pies de Dafne eran los más hermosos que hubiese visto, y que se confundían y parecían brotar de los guijarros marmóreos del sendero.

—Mi esposo y mis tres hijas están de viaje. Vayamos a mi departamento
—le dijo ella sin ningún titubeo.

Juan Lorenzo intentó calmarse, forzándose a analizar que al tener Dafne tres hijas sí habría un efecto multiplicador.

—Busco un hombre a quien amar hasta la muerte —le dijo Dafne mientras caminaban.

«Hay buenas probabilidades de éxito», pensó Juan Lorenzo al escuchar eso, sin dejar de estar preso de una gran emoción, pero dándose una justificación racional más para el encuentro, como preparando la defensa ante los enanos de una supuesta estrategia.

Al llegar, Dafne lo llevó a la alcoba y durante horas compartieron el deleite de una pasión que él nunca antes había sentido.

—Te amaré hasta la muerte —repetía Dafne mientras se acariciaban y besaban.

Ya después, Dafne le dijo: «Conocí a un hombre con el que me ilusioné». Juan Lorenzo recordó las palabras de los enanos: «La infelicidad de la mujer viene de la pérdida con el paso del tiempo de la ilusión del amor. Extirpar la capacidad de ilusionarse en el amor es la máxima redención posible de la humanidad».

—Dejó un gran hueco en mí —siguió.

Él siguió recordando: «La misión de ustedes los ejecutores es producir en sus desilusionables un gran amor o deseo, o idealmente la entrega. Al luego abandonarlas, horadarán en ellas la tercera cavidad, en la que arderá como en un guardabrisa una llama imposible de apagar, eternamente dolorosa pero inmensamente fortalecedora. Esa llama,

producto de la breve felicidad plena e inmediata pérdida, hará que las ahora redimidas busquen sin ninguna ilusión una fría conformidad en el amor estructurado y estable. Sus hijas, para las que ellas son modelo, desecharán asimismo las ilusiones, y sus parejas se acomodarán, desengañados, a la cotidianidad de un cortés desprecio.»

—Él era del grupo al que tú perteneces. Lo torturé y asesiné para vengarme, y me reveló quiénes son ustedes y cuál es su propósito — siguió diciendo Dafne sin emoción alguna.

Juan Lorenzo la miró atónito, y se estremeció al recordar que uno de los ejecutores de su célula había desaparecido sin dejar rastro.

—Ya fui redimida, bobo —dijo Dafne a la vez que sacaba de la mesa de noche un revólver y apuntaba a Juan Lorenzo.

Éste, presa del pánico, le gritó: «¡Yo puedo ser el hombre al que ames hasta la muerte, lo que buscas!».

—No dudo —siguió diciendo ella—, que creas que entendiste lo que piensas que te dije. Pero no estoy segura de que te hayas dado cuenta de que lo que escuchaste no es lo que quise decir. Entiéndeme bien, te amaré hasta *tu* muerte.

El terror lo invadió hasta su último átomo, pero luego se desvaneció y sintió una infinita paz. Comprendió que su célula había cumplido su misión. Dafne apretó el gatillo y le destrozó el pecho. Agonizante, Juan Lorenzo se arrastró hasta ella y besó dulcemente sus pies. Dafne le acarició la cabeza y las últimas dos palabras que escuchó antes de morir fueron «Te amo».

Bernini

LA TRAVESÍA



Inclinada sobre la borda contempla el pequeño muelle. Siguen cargando vehículos que hacen traquetear la rampa y el buque entero. Los últimos en subir son un 4L verde rabioso y una moto de potente cilindrada con sidecar.

A pesar del viento insistente, que aumentará en el corto trayecto, Berta ha decidido quedarse en los bancos de cubierta. Se sienta y se recoge el pelo en una coleta, demasiada cabellera para tanto viento. En el extremo opuesto de proa, un joven sentado en un banco la mira manipular cinta y melena y sonrío con aprobación.

—¡Pero si lo conozco!! ¿No es el chico del mercado de la Mola? ¡Po! Claro que sí. Y el perrito que lleva entre los muslos... es... ¿cómo lo llaman? ¡Manchado! ¡Mira cómo reclina la cabecita sobre la pierna de su amo!! ¡Pobrecito! ¡Tan obediente... o tan mareado!

Berta arquea las cejas mirando hacia el muchacho, sentado en el banco del otro lado, y él responde con un gesto vago que indica quizá te conozco. Berta da palmaditas al asiento vacío junto a ella invitándole a sentarse. El finge no verla y fija la mirada en la lejanía. Pero al poco rato recoge en brazos al perrito y, dejando la bolsa en el suelo, se le acerca.

—Cuánto tiempo sin verte, madre mía. ¡Un buen puñado de años! —dice Berta levantándose y besándole ruidosamente en las dos mejillas.

—Es que ya no paso veranos enteros en La Mola, como en otras épocas — responde Pol mientras se sienta a su lado.

—Ah! Será por eso.

—Y tú, ¿qué? ¿De vacaciones?

—Claro que no. ¿Cuándo me has visto a mí de vacaciones?

—¿Y qué te traes ahora entre manos, Nirvana? La última vez hacías la temporada en el bar de tus viejos.

—Pero de eso hace mil años. Anda que no nos hemos visto tú y yo veces después y en lugares mucho más placenteros. ¿O es que no te acuerdas?

Pol mira hacia el horizonte, donde se va precisando el perfil de Ibiza.

—Y Nirvana ya no existe. Hace tiempo que me llamo Berta. ¿O es que tampoco te acuerdas?

Él sonrío.

—Me acuerdo, sí. Pero fue una estupidez. Nirvana es mucho mejor. Eras la única Nirvana de los alrededores. Y a mí me hace pensar en aquella niña que nos gustaba a todos.

—Es un lastre llamarse así. Imagina si a ti te hubieran puesto Ganesha en lugar de Pol.

—Ganesha Ferrer Tur... No está nada mal. ¿Y a tus viejos cómo les va? Porque a ti ya veo que viento en popa.

—Buf. Ni me hables. Están pesadísimos. Queriendo conservar siempre el mismo estilo de chiringuito... con el personal tan distinto que llega ahora a la isla, y después de tantos cambios.

—¡Desde luego! ¿Cómo lograron soportar las multitudes de los últimos años que casi nos hundan la isla? ¿O también ellos lo han aprovechado?

—No sé qué decirte. Nos pasábamos el día haciendo equilibrios, ellos y yo. Pero yo me harté de los veranos a su lado, trabajando de camarera. Tenía que encontrar otras formas de ayudarlos sin quedarme ni tener que aguantarlos. Y tú, ¿qué?

—Pues... bien. Tirando. El cuero sigue dando pasta, pero ya no es un negocio familiar ni divertido. Ruth y yo estamos medio separados. Ahora nos turnamos para montar puesto en el mercado.

—Vaya. Lástima. Se os veía bien a los dos juntos. Pero eso dura lo que dura. Aun así, quedan tantos recuerdos de las buenas épocas de La Mola. Apenas he subido este año al Mercado. Me he tenido que ocupar de unas casas nuevas que alquilan cerca de Barbería.

—Interesante, ¿no? Restaurar casas te da libertad... y pasta, supongo.

—Sí. No va nada mal. ¿Y qué tal mis amigos de allí arriba? ¿Cómo están Sole y Juanito? Siguen creando esas joyas esmaltadas tan seductoras? A mí me sientan de maravilla. Parecen hechas para mí. Me cuelgo una y se crea un magnetismo irresistible alrededor.

—Juanito, muerto. Lo hizo él solo: inhalando humos de la combustión. Sole se ha encogido como un higo seco. Pero sigue horneando sus piezas de esmaltes coloreados y engarzándolas.

—¡No puede ser! Eran tan espirituales y jóvenes. Más que jóvenes, eran atemporales. Nunca supe qué edad tenían ni en qué era vivían. Fui feliz aprendiendo a cocer piezas a su lado.

—Pues se ha acabado.

—Se ha acabado, verdad. ¿Por qué va todo tan deprisa? ¿Y por qué no reaccionamos a tiempo, joder? Como dice mi padre en sus plegarias: *Carpe Diem*. ¿No sería mucho mejor si en lugar de hacer lo que toca, nos fuéramos ahora a una playa y desnudos nos diéramos un buen revolcón, rebozados de arena, el mar rugiendo al fondo y tu cachorro dando saltitos en torno nuestro?

Pol la mira fijamente, mientras la sirena del barco avisa de la llegada a puerto.

—Vaya. Ya llegamos. Ha pasado volando —dice Berta sonrojada.

—¿A dónde vas ahora? —pregunta Pol levantado la bolsa del suelo y metiendo su perrito dentro.

—Al aeropuerto.

—Pues ven, que te llevo. Tengo un buen rato de espera antes de tomar el ferry hacia la península.

Berta le sigue bajando la escalinata hasta la bodega donde amarran los vehículos. Se acercan a la moto y ella se sienta en la cápsula del sidecar, llevando sobre las rodillas la bolsa con el perrito. La moto sale rugiendo rampa arriba y recorre la dársena suavemente hasta salir a la calle.

En un semáforo Berta se acerca al casco y le grita:

—¿Sabes que no me importaría nada perder el avión?

—¿Qué dices?

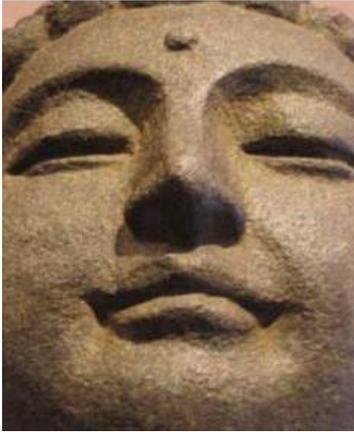
—No disimules. Sé que crees haber entendido lo que piensas que dije.

—Sí. Creo haber entendido lo que pienso que has dicho. Pero, ¿por qué eres tan enrevesada de repente?

Berta no contesta. Ve que la moto gira hacia la izquierda, en dirección contraria al gran cartel azul que indica Aeropuerto des Codolar. Y piensa: «Pero dudo que te hayas dado cuenta de que lo que escuchaste no fue lo que quise decir».

Casiopea

MONOMORFISMO Y RIESGO DE EXTINCIÓN DE *NAUTILUS POMPILIUS* AL SUR DEL PARALELO 66°S



El motivo de la conferencia mundial convocada de urgencia en Ginebra puede resumirse así: «La evolución genética de estos simpáticos cefalópodos es crítica». Los institutos de investigación que velan por nuestros océanos no entienden por qué *Nautilus pompilius* ha abandonado su dimorfismo temporal y la poliginia por una reclusión monástica. El asunto ocupa las primeras páginas de los diarios del mundo desde hace meses.

En el Centro de Conferencias no cabe un alma y los organizadores han instalado pantallas gigantes para que miles de personas puedan seguir los debates en el atrio, pero ya antes de la inauguración han empezado a ir mal las cosas. Algo te dice que los debates van a descarrilar, que vas a hacer lo que no deberías y, no sabes por qué, acabarás arrepintiéndote.

El orden del día anuncia que tras el discurso inaugural, a cargo del Primer Ministro, intervendrán los directores de institutos de investigación latinoamericanos, un investigador ruso, el director General de la Agencia Mundial de la Pesca y un biólogo marino de Corea del Norte.

La posibilidad de una mutación genética del hectocótilo es recurrente en la documentación distribuida a los intérpretes. Sin embargo, el documento de Corea enfoca el problema desde otro punto de vista, estableciendo una oscura relación mutágeno-filosófica sustentada en exóticos conceptos milenarios, o eso cree entender Juan, porque el texto

está redactado en un inglés apenas comprensible: cuatro hojas plagadas de esoterismo, sánscrito y barbarismos forjados en el pueblo del Gran Líder. La curiosa versión del coreano es, más bien, una llamada de atención: ¡No te fíes, recuerda que cualquiera puede traducir con Google!

La cabina inglesa supera sin demasiada dificultad las intervenciones del Primer Ministro y del científico argentino. Juan sigue atento esta interpretación y toma nota mentalmente de la jerga de biología marina que desconocía y que seguramente van a utilizar todos los oradores. Pero no deja de pensar en la amenazante niebla conceptual del coreano: *shunyata* —la vacuidad que todo lo explica—, *kamaloka*, *rupaloka* y *arupaloka* —los tres aspectos del universo: ilusión, forma y no forma—. Nuestro hombre toma al fin la palabra y demuestra ya de entrada que los fonemas de la península del amanecer tranquilo no van a facilitar las cosas con el acento. Los términos que Juan consigue coger al vuelo tampoco aclaran nada. Al parecer, la transexualidad y la aparición de una forma de partenogénesis en estos magníficos cefalópodos pueden explicarse invocando unas teorías que se remontan a los orígenes del budismo en la India. Juan lamenta la indiferencia que ha sentido siempre por las filosofías orientales.

Douglas, desde la cabina inglesa, intenta seguirle la pista y pasar algún dato útil a su colega, pero el coreano salta de la ilusión a la vacuidad, de la nada que es todo al todo que es imaginación. Como el oficiante de una ceremonia vudú invitado a pronunciar un discurso de bienvenida al catecismo un domingo de Pascua.

Bien que mal, Juan va montando su trama teórica de la exégesis oriental y explica a la audiencia que los hombres, encerrados en el universo de la ilusión, creen que los cefalópodos espiralados del Antártico han iniciado un proceso irreversible de transmutación, pero su verdadero universo no

tiene forma y solo es perceptible para los iniciados: *Nautilus pompilius* sigue viviendo como un jinete del Apocalipsis. Claro que a fin de cuentas nada de eso importa, porque no hay cefalópodos, ni jinetes, ni hombres que los estudien: ¡Solo hay lo que no hay: vacuidad!

La nutrida asistencia hispanohablante frunce el ceño, intenta tomar notas y lanza miradas a la cabina española, como pidiendo explicaciones... o piedad, porque Juan lo va diciendo con mucha convicción y salpimenta su discurso con los términos en sánscrito que había anotado.

Un teólogo de Santiago, especialista en exorcismos, rompe en aplausos y pide ahora la palabra para apoyar con entusiasmo desbordante las teorías de Pyongyang en la versión cabina española.

—Es la gran verdad, señores, *Nautilus pompilius* ha dejado de reproducirse simplemente porque le da la gana. El hombre sigue creyendo que el universo es duro y da sombra, que los hombres son singulares, y también, cómo no, los cefalópodos, y está convencido de que todo tiene una explicación racional.

Los anglófonos se rascan la cabeza y miran a las cabinas. Los más cartesianos, con mirada encendida, tiran al suelo los auriculares y se revuelven en las sillas. Las hermanas del Sagrado Corazón, tendencia ecológica, asienten y se santiguan. ¿Y el coreano? Pide nuevamente la palabra y, asombrosamente seguro de sí mismo, aunque siempre en un inglés tan resbaladizo, se dirige al representante de Dios en la Tierra y lanza una mirada reprobadora a las cabinas.

—Usted ha hablado con convicción, seguro de haber entendido la teoría que cree haber oído, pero se ve que no se ha dado cuenta de que todo lo que he dicho no era lo que quería decirles.

Carla Urrutia

EL ÁNGEL



Sus últimas palabras penetraron el papel manchadas de dolor. Con mano temblorosa, escribió: «Sé que crees comprender lo que piensas que dije, pero dudo que hayas notado que lo que escuchaste no es lo que quise decir. ¿Cómo podrías comprenderlo? ¿Cómo podrías ver lo que has elegido no mirar? Es imposible evitar el efecto arrasador de lo que decidimos silenciar. Nos brota por los poros, se escapa por la piel, nos traspasa la mirada... Nos roba el equilibrio mientras nos destruye el alma. Solo Dios sabe cuánto daño encierran todavía tus manos, cuánto martirio te queda aún almacenado. Y ahora, ¿a quién le echarás la culpa? Cuando yo ya no esté, ¿a qué provocación responderán tus demonios y qué harás con ellos? Ojalá te roben el aire y te consuman los huesos. Ojalá te mutilen por fuera y te asfixien por dentro. Te dejo en excelente compañía. Me ganaste la batalla, pero tu guerra aún no termina».

Momentos después, ya no había vuelta atrás. Estaba a un paso de caer. Sentía el penetrante viento helando sus entrañas. Su cuerpo, desgarrado por la angustia, parecía pedir a gritos un descanso, una pausa. Pudo ver, desde lo alto, una multitud de desconocidos. Se movían de un lado a otro,

absortos ante el destino elegido de una pobre loca, esperando el fin del espectáculo.

Desde la ventana de su oscura habitación podía verse con claridad el sitio tan minuciosamente escogido para su muerte. Había pasado noches enteras observando el viejo edificio donde, aquel día, concretaría finalmente su plan. Estudió cada centímetro de la estructura, madrugada tras madrugada, a la luz de la luna. Su mirada buscaba el lugar exacto. Su alma, incrustada en el delirio de morir, se deshacía con cada lágrima que de sus ojos caía.

El lugar era inaccesible, y la débil sábana blanca sostenida por los policías comenzaba a tomar forma de lecho mortuario. No resistiría la caída. Sus hilos cederían uno tras otro al percibir el peso de aquel cuerpo entregado a la muerte.

El desenlace se había definido con el correr de las horas. Sus pies, cada vez más cerca del cortante e incisivo abismo, parecían jugar con las baldosas quebradas que se desprendían libremente hacia el vacío. Deseaba ser una más de las pequeñas piedras que se desligaban de la antigua terraza para estrellarse irremediamente contra el asfalto.

El plan estaba saliendo a la perfección y su hora se acercaba. La espera llegaba a su fin. En pocos minutos, y con un leve y preciso movimiento, cumpliría su sueño de descanso eterno. La gente, los policías, los enfermeros: todos observaron absortos el estado de reposo y quietud que la rodeaba.

Contempló por última vez su desquiciada existencia. Bajó entonces su mirada, dejó caer apenas dos lágrimas de sus ojos y dio por fin la señal de despedida. Su pie comenzó a deslizarse centímetro a centímetro. Los

espectadores, estáticos, intentaron esconder su aguda desesperación. Su pie se deslizó nuevamente.

Volvió a mirar hacia abajo. Sus ojos quedaron, esta vez, clavados en un punto fijo. Sus movimientos se detuvieron y el insistente latir de su pecho fue lo único que pudo sentir. Algo nuevo y desconocido se apoderó de ella. Había vida en sus ojos. Se percató entonces de que alguien intentaba decirle algo. Ese punto fijo, al que con tanta insistencia miraba, era una persona.

Y ese día, en ese lugar, sintió por primera vez ganas de vivir. Halló en esa mirada todo aquello que jamás había tenido. La idea de morir era ahora una locura. Había encontrado por fin una razón para existir.

Con lentitud —y sin despegar sus ojos de los de él— descendió confiadamente hasta los primeros pisos del viejo edificio. Antes de bajar, se aseguró de encontrarlo una vez más. Al ver que se alejaba de la multitud, saltó violentamente y comenzó a correr sin que nadie pudiera detenerla. De repente, no pudo verlo más. Dobló la esquina, miró de un lado a otro y lo buscó hasta el cansancio, pero fue inútil.

Aunque toda su ilusión pareció desvanecerse en el vacío, su vida había cambiado para siempre. El deseo de morir ya no ocupaba su mente. Todo lo que hasta ese momento había sido desesperación se transformó en un incontenible afán por volver a verlo.

Ya no pasó las noches estudiando el viejo edificio. Lo único que ahora alimentaba su alma eran las ansias de toparse nuevamente con aquella mirada. Aquel ser se había convertido, inexplicablemente, en su único motivo para vivir. Pasaron los días, y los meses, pero su esperanza era cada vez mayor.

Una fría noche de invierno, la soledad la encontró nuevamente tendida sobre su cama. Trató de perturbarla y apoderarse de ella, pero fue inútil. Había algo, imposible de definir, que no la dejaba caer. Se arrodilló entonces al pie de su cama y, por primera vez, clamó desconsoladamente a Dios. Esa noche durmió como nunca antes lo había hecho. Sintió que alguien velaba por ella. Sintió que alguien sostenía su carga.

Los primeros rayos de sol comenzaron a escabullirse entre las sábanas. Mientras despertaba, notó que un suave calor recorría su cuerpo. La habitación, apenas descubierta por sus ojos, parecía otra. Pudo respirar un aire distinto esa mañana sin lograr comprender qué era aquello que experimentaba ahora su alma. Permaneció en silencio por un instante y detuvo su respiración. Un tenue sonido podía percibirse aún. Sintió su corazón latir más y más fuerte mientras su piel comenzaba a estremecerse. No comprendió lo que sucedía. No pudo hacerlo sino hasta girar levemente sobre las sábanas y contemplarlo, a media luz, dormido sobre su cama.

C. C. Blackwood

UNA TILDE



Sólo un ciego como yo podía soñar que veía y la experiencia me enseñó que ese día soñé lo que quise.

Todavía recuerdo el frío que hacía en la sala de la Complutense dónde fuimos convocados para dar el examen, los pocos lápices de colores que encerraba mi estuche y el esmero que puse en dibujarlo, el tiempo que pasé coloreándolo después. La pregunta, que mis dedos de braille recorrieron trémulos y nerviosos saltándose la famosa tilde, me dejó un tanto descolocado. No acababa de entender su significado. Pero no queriendo perder tiempo en inútiles disquisiciones sobre un arcano enunciado de tintes religiosos, un tanto fuera de lugar, me dispuse, concentrado, a dar lo mejor de mí. A pulso me estaba jugando en ese mismo momento mi destino. Tenía que aprobar aquel examen de entrada a arquitectura.

Le pinté los lunares de colores con todo el cuidado que se merecía su lustroso lomo que sombreé de un violeta más oscuro, mezclando dos colores, rojo y azul. Con suma atención y recordando los documentales que había escuchado, le perfilé sus cinco tentáculos y sus respectivas ventosas para que el resultado fuese veraz. Lo que más me costó fue dibujarle unos ojos casi humanos, iparadojas de la vida!, para darle mayor relieve a su mirada azul y marina. ¡Hasta sombra de ojos y cimbreantes pestañas le coloqué, recordando los pestañudos ojos de mi madre que nunca vi pero sí recorrí con mis manos juguetonas!

Entregué el examen convencido de que sólo un insensato, un demente, sería incapaz de reconocer mis talentos de futuro arquitecto de renombre. ¿Quién mejor que yo había entendido lo que es un pulpito de apéndices flexibles y averiguadores?

Flor silvestre

SOÑÉ PALABRAS



Palabras. Todo se había reducido a eso. Palabras cálidas, volátiles, escurridizas. Palabras motivadoras, inquietas, intensas. Palabras que dolían, pero hacían bien. Palabras que escondían miedos, incertidumbre e inseguridad, pero que brotaban libres e imperturbables, como si nada más importara, como si fueran las últimas.

Para ella, eran solamente palabras. Conjuntos de sonidos procedentes de una voz conocida —no lo suficiente, para mí— que conformaban conversaciones banales, charlas insignificantes y diálogos intrascendentes.

Para mí, eran la vida. Sus palabras eran mi fuerza; su voz, la magia; y esas conversaciones, un mundo. Un mundo del que me quedaba todo por descubrir, pero mi mundo al fin y al cabo. Una conversación con ella desencadenaba un torrente de emociones desbordadas —tanto ellas como yo—, con giros de vértigo, dolores de estómago, vaivenes interminables, caídas en picado... y, de repente, con una sonrisa tocar el cielo. Subir, bajar, volar y volver a empezar.

«Si tú supieras».

Desconocía todo, pero sabía demasiado. Leía en mis ojos, como pocas personas pueden hacerlo, y así me lo hacía entender. Me destruía por dentro, pero me proporcionaba el coraje para no rendirme jamás. Pero ¿de qué tipo de rendición hablábamos? Yo ya me había hundido completamente a los pies de ese nuevo mundo que comenzaba a explorar. En algunas ocasiones, vagando como alma en pena, al mismo

tiempo que sintiéndome más libre y valiente que nunca. Y en otras, feliz de sentir la vida, pero con un dolor insoportable en medio del pecho que tan pronto me apagaba como me encendía.

«Soy consciente de que crees que comprendes lo que piensas que he dicho, pero seguramente no te des cuenta de que lo escuchas no es lo que quería decirte. Eso me mata poco a poco».

Y continuaban las palabras. Palabras que cegaban todo lo demás. Ya no veía más allá; no podía. Ella lo abarcaba todo. Hasta dónde llegaron los límites de este sinsentido no me importaba. Mi existencia ahora tenía otra razón, independiente a cualquier juicio. No era rutina. No necesitaba experimentar. No estaba cansada de lo que tenía a mi disposición. Pero ¿acaso era necesario encontrar un porqué? ¿Es que alguien podía obligarme a que existiera un motivo?

Y, sin ya esperarlo, llegó el día. Sucedió que un día desaparecieron las palabras; ni siquiera susurros se oían. Solamente había dos personas, dos seres humanos, dos almas, que se observaban, cuyas miradas incomprendidas lo seguían comprendiendo todo, que soñaban al unísono, y se apagaban y encendían a la vez.

Aquel nuevo mundo —el nuestro— ahora se había convertido en mi hogar. Me sentía bien; no existía el miedo. La sentía cerca; la barrera de las palabras se había esfumado. Aparecían fantasmas a veces, pero su sola presencia a mi lado les impedía subsistir. El halo que la envolvía, desde la primera vez que el destino quiso que nos encontráramos, desprendía valentía y unas ansias locas por devorar la vida. Y yo lo iba a hacer con ella.

Por fin, éramos libres.

Desperté en silencio.

Ixia

SIN PALABRAS



«Sé que crees haber entendido lo que piensas que dije, pero no estoy seguro de que te des cuenta de que lo que oíste no es lo que yo quería decir»

Se abre la puerta del ascensor y presiento que me voy a encontrar con ella. Su intenso e inconfundible perfume anticipa su presencia. Efectivamente, allí está, ocupando el espacio de esa caja sin salida que nos une en el silencio más absoluto durante unos instantes cuando el azar así lo determina. Ella me mira divertida y no puedo sostener su mirada. Agacho la cabeza y entro con disimulo y dócilmente en el angosto lugar que queda libre. Como siempre, va impecable, con un Armani negro muy ceñido, sus labios bien delimitados con un carmín rojo intenso que intensifica su característica media sonrisa sarcástica, su tez pálida, su melena rubia perfectamente peinada y arreglada y esos ojos fríos que lanzan una mirada penetrante e implacable. El descenso hasta la planta baja dura apenas unos segundos que se convierten en una eternidad. Su presencia me conmociona, me anonada, quedo paralizada y mi mente se bloquea. Por fin se abre de nuevo la puerta y su marcha me libera de la

opresión insufrible a la que me sometía la fuerza de su ser. Se aleja golpeando repetidamente con sus tacones el suelo firme que pisa. Salgo tras ella, descompuesta, con la mirada perdida, triste y, por supuesto, en silencio. Los recuerdos se agolpan en mi memoria.

Nieve era pequeño, vivaracho, dulce y alegre. Sus profundos ojos negros y su oscura trufa destacaban entre un denso manto de pelo blanco. Se deshacía en lametones y cabriolas cada vez que pronunciaba su nombre con ternura. Siempre estaba junto a mí, atento a cada uno de mis movimientos, dispuesto a complacerme en todo. Su devoción se convertía en ansiedad cada día cuando me marchaba a trabajar y lo dejaba irremediablemente solo. Sus aullidos y lamentos lo inundaban todo y podían escucharse a varios metros. Traté de solucionarlo aplicando diferentes métodos, pero ninguno funcionó. Nieve siempre se rebeló contra su soledad.

Hace cinco años regresé un día del trabajo y descubrí que la puerta de mi apartamento estaba entreabierta. Me asusté porque recordaba haberla cerrado con llave. Entré con precaución e inmediatamente me invadió un sabroso olor a carne asada. ¡Qué extraño! Vivía sola y ese día no había cocinado nada. Más extraño todavía fue no encontrar a Nieve saltando de alegría al verme. Un mal presagio me asaltó y mi corazón se desbocó. Llegué a duras penas al salón y vislumbré un pedazo de piel blanca, brillante y sedosa extendida sobre la mesa. No quise saber lo que era y me dirigí hacia la cocina, de donde salía aquel entrañable olor. La luz del horno estaba encendida. Abrí la puerta y encontré el cuerpo de un animalito. Tras el primer impacto, reconocí los ojos negros y profundos de mi fiel amigo. Su cadáver inerte y crujiente yacía en una bandeja de vidrio cocinado en su propia salsa.

La policía nunca descubrió al autor de tan atroz crimen. No había una sola huella ni una mancha de sangre. Toda la casa había sido limpiada meticulosamente. El manto de pelo impoluto había sido colocado con mucho esmero sobre la mesa. No se había visto a nadie entrar en mi apartamento en todo el día y ninguna cámara de seguridad había captado nada sospechoso. Pronto el asunto quedó sepultado en el olvido. Al fin y al cabo, solo había muerto un perro y yo no era más que una extranjera del sur en una inmensa ciudad con problemas más graves que resolver. Desde entonces no he vuelto a tener otro perro. En silencio queda mi apartamento cuando salgo a trabajar por la mañana y en silencio lo encuentro cuando regreso por la tarde. A menudo recuerdo las miradas de reproche con que mi rubia vecina de la planta de arriba me miraba a mí y miraba a Nieve cuando nos encontrábamos en el ascensor. Sé que fue ella y ella sabe que lo sé. Por eso, cada vez que compartimos ese breve viaje en un sentido o en otro ella esgrime su sonrisa más sardónica y su mirada se pierde rememorando aquel acto inconfesable, pero profundamente placentero, mientras que yo me hundo en la impotencia y el dolor. Muchas veces he pensado en marcharme, regresar a mi país, pero luego pienso que no debo huir. Aquí está ahora mi hogar y ya me he acostumbrado al silencio. Sería incapaz de entablar las conversaciones que antaño solía mantener sobre temas intrascendentes en el ascensor. Este es mi sitio. Son cosas de vecinos.

Lobetano

VER O SÍMIL



Efrén nació en una cabaña del bosque, hecha de troncos de árboles. Cuando la abuela Lu lo tomó en sus brazos, envuelto en una manta, el niño tenía los ojos cerrados, y sus párpados parecían extenderse casi hasta las orejas.

—¡Que viva! —exclamó la abuela—. ¡Este niño tendrá unos ojos como ventanales, que reflejarán el canto del río y la flor del higo!

Entonces, Efrén abrió los ojos: dos rendijas minúsculas que dejaban entrever tan solo un iris de color pardo. Desde entonces, la abuela Lu le llamó «topo Gigio, ratoncito».

El padre de Efrén tallaba madera: máscaras, tótems, instrumentos musicales... A veces, cuando la puerta de la cabaña estaba abierta, las tallas se alineaban en la puerta, frente a la linde del bosque, formando una especie de bosque paralelo. Cuando no tenía quehacer, Efrén pasaba el día observando trabajar a su padre, embelesado por sus manos, que recorrían la madera como si ya supieran cual era la forma que se escondía en ella.

Escondese, eso era algo que a Efrén le gustaba. Jugaba con Yana, la pequeña Yana, y corrían incansables por el bosque, buscándose entre los destellos de luz que se filtraban a través de los árboles, cegándoles.

—¡Efrén, frena!—, le decía su madre. Pero a Efrén no le habían puesto frenos...

Aquel día, caía el sol de la tarde y el padre de Efrén tallaba un bastón hecho con madera de ceiba speciosa. Efrén bailoteaba a su alrededor:

—Pa, una ceiba speciosa, ¿es esa planta con espinas en el tronco? ¿Esa que llaman «palo borracho»?

—No, Efrén, no. Es un ceiba: un árbol. No es una planta con espinas. Después de las espinas, hay una madera liviana y ligera, y, por encima, flores de cinco pétalos blancas, rojas, amarillas, donde liban los colibríes. Es para nosotros el árbol de la vida, Efrén: nuestra madre y nuestro padre, allí donde se entrelazan todos los destinos...

—Ah, Pa... itú lo ves con otros ojos!

—Pa... ¿liviano y ligero...no quieren decir lo mismo?

—No, hijo... ¿por qué, si no, serían dos palabras distintas? Anda, amor... ahora puedes ir a jugar.

Efrén correteaba alocado, con sus ojitos de topo entrecerrados por el brillo del sol, cuando se fue a dar de cabeza contra uno de esos palos borrachos. Sus agujijones le rasgaron los ojos.

Desde ese día, Efrén se sentaba en el umbral de la puerta de la cabaña, con los párpados hundidos y maltrechos, y giraba entre sus dedos el bastón que su padre había comenzado a tallar aquel día. Yana ya no podía esconderse: Efrén veía el anuncio de su presencia en el murmullo de la tierra, en los perfumes del viento. Así, pasaron muchas lunas. Efrén

aprendió a reconocer las formas en la madera, y hacía una muesca más en el bastón de madera de ceiba con cada puesta de sol.

Un día pasó por allí un caminante, un sanador de las montañas. Se paró ante las tallas de madera a saludar al padre de Efrén:

—¿Cómo anda el muchacho? —preguntó.

—Pues ya ve...—respondió él.

El sanador se acercó a Efrén:

—Muchacho, ¿eres tú el que talla esta madera? Las muescas de ese bastón cuentan el tiempo que ha pasado desde que podías ver este bosque, ¿no es cierto?

—No, señor —repuso Efrén.

—No fue el palo borracho, a pesar de su condición, el que no me vio a mí. Fui yo el que no vi el palo borracho. Ahora, todos los días, lo veo. Sé que cree que entiende lo que cree que he dicho, pero no sé si sabe que lo que entiende no es lo que yo quiero decir.

Lolailolama

LA MISTERIOSA HABITACIÓN BURDEOS



Forzó la cerradura y entró en la habitación contigua. Miró a su derecha. Junto a la puerta, en la pared, un antiguo reloj de cuco destartalado y lleno de polvo. Se detuvo a observarlo, era la metáfora misma de la vida. Ese reloj, otrora pizpireto, alegre, vivaz y algo coqueto, ejercía hoy de maestro. La lección más importante de todas. El tiempo pasa. Porque eso es exactamente lo que hace el tiempo. Pasar. Pasar y no parar. Y en su caminar deja huellas, pistas de lo que ha de ser.

Siguió buscando. Bajo el reloj, reposaba contra la pared una vieja cómoda gris de dos patas sobre la que descansaban varios retratos y algunos libros. Un papel arrugado llamó su atención. Lo cogió y trató de estirarlo para ver mejor lo que guardaba en su interior. Sin embargo, la tenue luz que entraba por la ventana entreabierta de la pared del fondo sólo resultaba útil para resaltar las marcas de la edad de los muebles que allí habitaban. Alguna que otra obra maestra tejida por arañas también recibía su foco de museo. No era suficiente, buscó claridad. Justo bajo la ventana, sobre una mesa redonda, se vislumbraba lo que parecía ser una

pequeña lámpara cubierta con una tela blanca. Retiró el lienzo y acercó la mano al interruptor con la esperanza de que funcionase. En efecto, la luz se hizo. Volvió a extender la nota, esta vez sobre la mesa, bajo la luz. En ella se podía leer: «Sé que crees que comprendes lo que piensas que dije...». No cabía duda, este era el mensaje cifrado que debía encontrar. Pero parecía estar incompleto. Había de encontrar el final de la frase, y cuanto antes. El tiempo se agotaba.

Inesperadamente, se oyó un crujir de tablas en el suelo del pasillo. Apagó la luz y se escondió tras la mesa. El tintineo de unas llaves aceleró su pulso. El taconeo de pasos ciertos, cada vez más claros hacia la habitación acrecentaban su nerviosismo. El sudor bajaba raudo, gélido por sus sienes. El roce del metal de la cerradura con la llave avivó recuerdos de sus años de escuela, cuando sus amigos pasaban las uñas por el encerado y sus pequeños dientes parecían alargarse hasta el entarimado. Creyó reconocer el carraspeo de la persona al otro lado de la puerta. Habría querido poder diluirse o metamorfosearse como los camaleones y adquirir la forma y el color burdeos del papel cuadriculado de la pared. De pronto, sonó un teléfono y el tiempo se paró. Los mismos pasos que amenazaban con descubrirle se alejaban ahora a toda prisa. Había faltado poco. Debía apresurarse. Leyó de nuevo. Miró hacia arriba para descubrir el retrato de un hombre aguerrido con tupido bigote y rictus serio; semejante a los que aparecen en las vitolas de los puros. Bajo la imagen, una leyenda: «...pero no estoy seguro de que seas consciente...». Se regocijó al descubrir la segunda parte del rompecabezas. Estaba claro, era la continuación que necesitaba, pero aún no estaba completo. Sus ojos leyeron la habitación en busca de alguna pista. Cuanto más miraba, menos veía.

Cerró los ojos. Trató de percibir con los sentidos y repasó la estancia mentalmente. Al abrirlos, lo vio claro. La chimenea junto a la cama. Se

acercó y la escudriñó. Sobre ella, la fotografía de una mujer muy hermosa. Abrió con cuidado el marco y buscó en el reverso del retrato. Allí se encontraba la tercera parte que buscaba: «...de que lo que oíste no es lo que yo quería decir, Christine». Se dirigió entonces a la izquierda de la chimenea donde le aguardaba una máquina de escribir Royal Standard de 1908. Casi instintivamente tecléo el mensaje completo. En el preciso instante en que puso su dedo índice sobre el punto, se accionó un resorte. Uno de los recuadros del papel pintado se abrió y dejó al descubierto una cavidad horadada en la pared. Dentro encontró una carta. No debía abrirla, pero estaba seguro de que en la misiva encontraría la respuesta que esperaba su cliente. Lo había contratado para que la encontrara. Resolver el misterio de la desaparición de su madre. ¿Habría muerto a manos de su padre como sospechaba? ¿Qué otra cosa le había hecho ser detective, si no de su exacerbada curiosidad?

La leyó:

Querido Sam,

Nunca tuve la menor duda de que encontrarías esta carta. He querido dejarte este juego, puesto que a ti siempre te ha fascinado jugar. Ahora conocerás el porqué de mi repentina desaparición. Desde que tus ojos se posaron en mí, mi existencia se convirtió en una ilusión. Siempre a tu lado, aunque tú siempre tenías más lados para otras que para mí. Te esperaba en casa y soñaba con tu regreso. Justificaba tus ausencias pensando en lo mucho que tus quehaceres demandaban de ti. A todo el mundo decía lo mucho que me amabas. Ciega, enamorada. Como relataba siempre la tía Flor: «Soñaba un ciego que veía, y soñaba lo que quería»; aunque yo siempre desoí sus consejos. Tú sujetabas la venda que cubría mis ojos y que no me permitía ver el tranquilo mar que me aguardaba al fondo, mientras me obligabas a vivir en permanente tempestad interior. He permanecido invidente por vocación durante todos

estos años. Siempre con la esperanza de que, cansado de vagar regresarás a mi puerto. Pero ya no puedo esperarte más. Mientras tú me desatendías, mi buen amigo Eric me brindó su calor y su apoyo para despertar. Poco a poco, lentamente, pero con paso firme, he ido recomponiendo mi visión, mi vida. Ahora sé que nunca fuiste realmente mío, ni yo tuya. El tiempo pasa y es pecado malgastarlo. Cuida de nuestro hijo. Dile que le amo. Se tan feliz como yo lo soy ahora.

Hasta siempre,

Christine.

Se derrumbó. En efecto, no existía cliente alguno, excepto él mismo y la cruda realidad. En la vieja alcoba quedaron su sufriente madre, su denostado padre y él; otro ciego más que siempre había soñado lo que su voluntad le dictó.

María Escurey

ALEGATO EPICENO



Su Señoría, con todo respeto, sé que usted cree haber entendido lo que cree que dije, pero no creo que se dé cuenta de que lo que oyó no es lo que quise decir. ¿Acaso todos los sapos son machos y todas las ranas son hembras? Es tan obvia la respuesta... Y sin embargo los niños —y los adultos también si nos cazan al vuelo— caemos en la trampa de la gramática. Pero no es la única culpable. La naturaleza también tiene algo de responsabilidad en esto.

Las ranas y los sapos que vemos en estas latitudes —y no es un detalle menor que los que vivimos en ciudades lo hagamos cada vez con menos frecuencia— se parecen mucho en color y tamaño. Es cierto que la textura de la piel del sapo es rugosa y la de la rana es lisa, que los unos caminan y las otras saltan, que la forma de las patas traseras que permiten ese andar es más o menos caricaturesca en uno u otro caso, que el sapo tiene mala fama y mal olor, y que la rana ni siquiera es fea, pero... ¿Quién se detiene a observar? Es que al verlos/verlas nos causan tal impresión que saltamos más que ellas. No puede ser sólo una cuestión estética. ¿Serán los mitos y el saber popular?

Pero volvamos al tema de la confusión de identidades y géneros, y ahora sí traigamos a los traductores al banquillo porque es cierto que refuerzan esta confusión con sus pequeñas traiciones a nuestra confianza, ¿pero al fin y al cabo no serán como las que cometemos con nuestros hijos cuando los distraemos un poco y les arrancamos la curita de un tirón? Permítame explicar mejor.

La literatura es fantástica, sin duda. Un solo cuento logró sin gran dificultad que generaciones y generaciones de niñas creyeran que un sapo puede convertirse en príncipe con sólo un beso, pero las niñas hispanoparlantes no se habrían tragado semejante sapo si la fábula hablara de una princesa besando a una rana. Habría sacudido aun a la lectora más moderna y habría despertado de la ensoñación literaria a todas las otras. Supongo que eso habrá pensado su primer traductor porque me niego a creer que haya sido por ignorancia citadina. También es curioso que el espectador promedio tampoco haya notado la bienintencionada traición. ¡Qué poco ruido han hecho los biólogos en los cines del mundo! Pero no quiero irme por las ramas.

La gramática ha sido chivo expiatorio más de una vez, pero es evidente que en este caso ha obligado a mis defendidos a cometer una animalada. Es que no hay ilustración de cuento infantil ni conocimiento enciclopédico que pueda resistir a la fuerza arrolladora del género gramatical. La querellante podrá consultar con otros especialistas y repetir como un loro que el género y el sexo de la criatura en cuestión no tienen nada que ver, que uno es de carácter gramatical y el otro es un rasgo biológico, pero la desafío, por ejemplo, a que cuente la fábula del ganso ponedor de huevos. Sí, sí, ésa, la de los huevos de oro. Porque Esopo pensó en un ganso. Hembra, claramente. Que una princesa bese a una rana hoy en día no horrorizaría a tantos, ¿pero que un ganso ponga huevos? No hay

connotación humorística que valga. Deberíamos estar agradecidos con los acusados.

Estoy seguro de que usted pronunciará un fallo justo al entender que aclarar el sexo del ganso o la rana no sólo da un poco de pudor, sino que además saca al lector del terreno de la literatura para meterlo de un plumazo en un documental de vida salvaje.

Es interesante que siga siendo una cuestión de género, ¿no?

Mate-O

SERENDIPIA



El ruido de sus tacones recorriendo todo el piso. Siete pasos posiblemente desde el zapatero hasta el espejo testigo de los últimos retoques, seis más hasta el ropero donde puede que guarde su colección de bolsos, tres hasta el perchero en el que seguramente cuelga el abrigo y cinco más hasta la puerta. Y un portazo. Y tras el portazo, el silencio. El silencio que se escucha a través de un teléfono mal colgado. No sé por qué me mantengo al otro lado la línea, seguramente porque albergo la esperanza de que regrese antes de lo previsto. Espero su regreso e imagino cómo es el lugar donde vive, feliz de saberme dentro de su casa, conectado al otro lado del teléfono. Son las cinco de la tarde, las cinco de la tarde de un miércoles. ¿Adónde habrá ido? ¿Al gimnasio? ¿Al supermercado? ¿A trabajar? «Lo siento, pero no puedo atenderle. Llámeme en otro momento». ¿En otro momento? ¿Cómo quiere que la llame en otro momento? Sabiendo lo que sé ahora, no puedo llamarla en otro momento. Sabiendo lo que sé ahora, tampoco debería permanecer allí, al otro lado de la línea, inmóvil. Debería colgar y olvidar lo que acaba de pasar. Olvidar que ha vuelto y olvidarla de nuevo. ¿Cómo se hace para devolver al cajón aquello que vuelve de lo más profundo del olvido? Para recordar algo olvidado deshacemos los pasos andados, abrimos todos los

cajones en sentido inverso y rebobinamos la memoria hasta el preciso instante en el que el preciado objeto desapareció de nuestra vista. ¿Cómo se desanda el camino contrario? Lo que vuelve del olvido quizá vuelve para quedarse. El olor a fresa. Ya no me acordaba del olor a fresa de su aliento. Cuando jugábamos al teléfono con dos vasos de yogurt y un hilo, poco importaba el sabor que indicaran las etiquetas de los envases, a través del hilo percibía su aliento de fresa. Siempre me hacía la misma broma: «Lo siento, pero no puedo atenderle. Llámeme en otro momento». Y reía, coqueta, haciéndose la interesante. ¿Dónde estará mi voz? ¿O debo decir mis pensamientos? ¿En una mesita al lado de su cama? ¿En una repisa al lado de la mesa del comedor? ¿En una estantería junto al sofá? Sea donde fuere que me ha dejado esperando, me sentía feliz al saberme dentro de su casa. Me imagino su colección de música junto a la minicadena, y a sus autores favoritos en un lugar privilegiado. «No sé cómo puedes estar todo el tiempo escuchando a esos plastas». Me gustaba picarla, hacerla rabiar; hasta frunciendo el ceño estaba guapa. Entonces comenzaba a cantar sus canciones favoritas a gritos para vengarse de mí, pensando que así me molestaba, ignorando que no encontraba mejor regalo que el de su voz. Apuesto a que tiene un bote lleno de sugus de piña en algún lado de la casa. «Tienes que coger de todos los sabores, no te puedes llevar solo los de piña porque después los otros niños se me quejan». Pero las palabras de la señora Pilar caían en saco roto. «Es que esta niña hace lo que le da la gana, oye. Pues iesto se va a acabar!» Pero nunca se acababa, porque, efectivamente, esa niña siempre hacía, y decía, lo que le daba la gana. «¿Para qué tengo que pedir permiso? ¿Para decir lo que pienso?» Al final, siempre acababa por desistir; hacer entrar a esa niña en razón era una empresa demasiado complicada. Igual o más complicada que intentar entender por qué me ha vuelto a pasar. Por qué las palabras no han servido para retenerla a mi lado. En el pasado, el miedo escogió las palabras equivocadas y la vergüenza se encargó de no remediar la catástrofe. Ahora, al otro lado

del teléfono, he vuelto a no tener valor para contestar lo que debía. «Lo siento, pero no puedo atenderle. Llámeme en otro momento». De nuevo, no he tenido los arrestos necesarios para decirle: «Sé que crees que entiendes lo que piensas que dije, pero no estoy seguro de si eres consciente de que lo que escuchaste no es lo que quise decir». Seguramente, la mujer que ha contestado al teléfono, la que se ha puesto esos tacones, la que ha dado vueltas por la casa antes de salir y ha cerrado de un portazo, ya no es esa niña. Probablemente ya no le huela el aliento a fresa, sus gustos musicales hayan variado, haya cambiado los sugus de piña por los chicles sin azúcar y en más de una ocasión haya tenido que agachar la cabeza. Probablemente también, yo ya no sea aquel niño cómplice de sus travesuras que contaba los minutos para que llegara la hora del patio o la hora de la merienda. Tampoco el niño que aguardaba anhelante a que llegase el verano, el verano de los niños que no tenían más opción que pasar el verano en el asfixiante barrio que quedaba desierto y triste el mes de agosto, pero que su compañía convertía en el mejor de los paraísos. No recuerdo cuándo dejé de ser el niño que siempre pedía el mismo deseo cada vez que soplabla las velas de su pastel de cumpleaños. Desandar el camino y recordar cuándo perdí lo más preciado es imposible. Yo tampoco sé si se me perdió o se me extravió. Son las cinco de la tarde, las cinco de la tarde de un miércoles. Sé que no hay ningún bote con sugus de piña, pero también sé que, aunque sus bolsillos ya no estén llenos de papelitos de color azul, acabo de recuperar mi unicornio.

Nana Niño Nana

Sturnus vulgaris



6h23. El sol ya tenía que haber salido. «¡Ojalá no sea otro de esos horribles días de lluvia!» – pensé. Supe que mis compañeros estaban empezando a desperezarse porque sentí que el cable de la luz se balanceaba bajo mis patas de manera apenas

perceptible, como siempre que los estorninos más viejos pierden un poco el equilibrio al batir las alas para desentumecerlas. Cuando era pequeño ese suave vaivén me asustaba como si fuera un terremoto. Afortunadamente, sobre todo en los días de sol, los jóvenes más cantarines piaban con fuerza mientras batían las alas y estiraban las patas; y, lo que para los humanos era una irritante cacofonía, para mí era una música celestial que me tranquilizaba hasta que el cable dejaba de moverse... Escuchándolos esperaba a que mamá se despertara y viniera a mi lado. Cuando me veía con los ojos abiertos, parecía que las comisuras de su pico se estiraban, como si sonriera para darme los buenos días.

Hace años que mi bandada pernocta en el mismo cable, para desesperación de la familia Blanco. Nunca entendimos por qué se mudaron a un lugar tan remoto ya que, en realidad, adoran la vida en sociedad y aborrecen la naturaleza y el aislamiento... Los más viejos de la bandada habían decidido que nos instalaríamos en los cables a partir de la puesta de sol, para evitar molestar a los Blanco durante el día y que la convivencia fuera lo más pacífica posible... Durante las horas de luz jugábamos entre los árboles del bosque y mamá me enseñaba a buscar insectos, a preparar un nido y a imitar los cantos de otros pájaros... Nunca

entendí por qué teníamos que pretender ser lo que no éramos. Nuestro canto es melódico y yo, como los demás machos de mi especie, soy capaz de cantar durante más de un minuto sin parar y de entonar diversas variedades musicales. Pero mamá decía que eso era lo que caracterizaba a nuestro género y que no se discutía... Así que, contra mi voluntad, aprendí a cantar como las demás especies que vivían en los alrededores. He de confesar que no se me daba mal imitar a otros pájaros, en particular a las urracas; tanto era así que me gané una excelente reputación en la bandada y, cada vez que me veían, mis compañeros me pedían que imitara a Doña Clotilde, la urraca ladrona que vivía unos árboles más abajo. Como mi representación parecía divertir mucho a todos los que la veían, prácticamente dejé de cantar como un estornino y empecé a emitir exclusivamente graznidos idénticos a los de Doña Clotilde. Pero a fuerza de imitar su canto, involuntariamente empecé a adoptar también otros aspectos de su comportamiento...

Una noche el matrimonio Blanco se fue a una cena a la ciudad. El señor se había puesto sus mejores gemelos y había cambiado cuatro veces el pañuelo que sobresalía, cuidadosamente doblado, del bolsillo de su chaqueta; la señora se había enfundado en un impresionante traje de lentejuelas que combinaba a la perfección con sus aretes de brillantes, aquellos que le había regalado su marido cuando se casaron. Solo se los ponía en ocasiones muy señaladas, y esta debía serlo, porque regresaron tarde, cuando nosotros ya dormíamos, y se sentaron en el jardín a tomar el aire con una copa de vino blanco: algo que solo hacían cuando tenían que comentar lo que había pasado durante una velada de negocios. La señora Blanco se quitó los aretes y los dejó sobre la mesa de mármol lunense que habían mandado traer de Carrara cuando compraron la casa. Y allí quedaron los aretes cuando el matrimonio se fue a dormir. A la mañana siguiente, el primer rayo de sol incidió directamente sobre uno de los brillantes, que refulgió como una estrella fugaz... Algo se sacudió en mi

interior y, como si estuviera poseído, me lancé en picado hacia la mesa. Aterrícé en el borde y observé paralizado aquel brillo que me hipnotizaba y me atraía de forma incontrolable... No podía parar de graznar de felicidad, igual que Doña Clotilde! Mis compañeros me llamaban desesperados, pero yo estaba totalmente absorto por aquel resplandor. En aquel momento, todos menos yo escucharon un ruido absolutamente inconfundible que les puso las plumas de puntas: el señor Blanco giraba la llave del cajón donde guarda el tirachinas mientras, visiblemente alterado, murmuraba: «¡Otra vez esa maldita urraca!». Era bien sabido que el señor Blanco no sabía diferenciar un colibrí de un gavián, pero tantas eran las cosas que le había robado Doña Clotilde que habría sido capaz de distinguir su graznido entre un centenar de cantos.

Mamá bajó volando rauda hasta la mesa y se posó en un lugar seguro, fuera del alcance de los proyectiles del señor Blanco. En ese momento yo volví a la realidad, levanté la cabeza y me encontré a pocos metros del tirachinas, que estaba cargado con uno de esos infalibles dardos paralizantes. Mamá habló imitando mi voz, intentando que pareciera que era yo el que decía: «Señor Blanco, sé que cree que entiende lo que piensa que he dicho, pero no estoy seguro de que se haya dado cuenta de que lo que escuchó no era lo que yo quise decir...».

El silbido del dardo cortó el silencio que siguió.

6h23. El sol ya tenía que haber salido. «¡Ojalá no sea otro de esos horribles días de lluvia!» –pensé. Empecé a desperezarme y sentí que el cable de la luz se balanceaba bajo mis patas de manera apenas perceptible como siempre que, desde aquel fatídico día, yo batía la única ala que me quedaba para desentumecerla...

Pica pica

SOY QUIEN DIJE SER



Mi vida es como la de cualquiera, todo muy normal y de lo más tradicional: un padre que trabaja y mantiene a la familia, una madre ama de casa que dedica el tiempo a tomar café y fumar, un hermano mayor preocupado por lo guapo que es y yo, un recién adulto de 18 años con una cosa clara en la vida: soy diferente.

Ser diferente puede parecer una moda, niños que juegan a las muñecas, mientras las niñas se pasan al fútbol. Bueno, yo era de esos que jugaban a las muñecas, se pintaban las uñas y odiaban los deportes. Pero no, mi vida no es un cliché al uso. Este no es mi cuerpo y quiero cambiarlo.

Después de mucho leer e investigar, tengo mucho miedo. Esto es una reacción humana, pero no sé cómo reaccionarán los demás. Yo era Carlos, Charlie para los amigos y ya no. Ahora soy María, Mary para los amigos.

¿Demasiado complicado? El proceso comenzó hace un año, esperé a ser mayor de edad y trasladarme a otra ciudad a estudiar en la universidad como excusa para cumplir mi sueño: ser mujer. No es una estupidez, ni

una decisión que tomé una noche de borrachera. Llevo toda la vida ahorrando para ello. Y tras muchas inyecciones y sufrimiento, por fin soy mujer. Pero no sé... No me malinterpretéis, estoy feliz. Soy lo que siempre he sentido que era. Y solo queda una inyección más.

El problema es que hoy voy a ver a mis padres. Antes de la operación hubo una gran discusión. No querían aceptarlo, pero estuvieron dispuestos a pagarme la Universidad en Barcelona. Ellos sabían por qué me iba allí. A la universidad solo llegué a ir el primer día para ver que aquello no era para mí.

El tren ya llega.

Bajo en la estación de Joaquín Sorolla, Valencia, de vuelta a la *terreta*. Mis padres esperan sentados, mirando a todas partes esperando encontrarse con su pequeño Charlie. Las manos me sudan, el corazón me va a mil por hora. Esto es peor que la primera inyección de estrógenos.

—Hola, mamá, papá —saludo un tanto tímida, cogiendo la maleta con fuerza y alisando la arruga inexistente de mi falda beige.

Ninguno dice nada, los dos me miran. Esto es mucho más difícil de lo que creía, no esperaba que fuera fácil o que no montasen una escena en medio de la estación. Pero ninguno dice nada. Mi padre se levanta, casi arrancándome la maleta de la mano, para marcharse en dirección al parking con ella. Mi madre, por el contrario, sigue mirándome atónita y comienza a llorar, negando con la cabeza. Una primera reacción, al menos. Pero ninguno de los dos dice nada. Los sigo hasta el coche y el trayecto hasta casa es excesivamente largo. Silencio.

Papá abre la puerta. La casa está silenciosa. No hay nadie.

—¿Puedo pasar? ¿Dónde está José? —ni siquiera me responden. Papá deja la maleta en mi habitación y mamá se afana en seguirle al salón.

Me veo sola en mi vieja habitación, frente al espejo se refleja mi verdadero yo. Respiro hondo y voy al salón.

—¿Podemos hablar? —me planto delante de los dos, que se habían sentado en el sofá.

—¿Qué quieres que digamos? —suelta de pronto mi padre.

—Tan solo que me escuchéis —cierro las manos en un puño—. Por favor, esto ha sido muy duro para mí.

—Podrías habérmelo dicho —susurra mi madre.

—Os lo dije. Hace un año. Pero solo escuchas lo que quieres —inquiero. Esto ha sido un completo error.

—Charlie...

—Ahora me llamo María —le corto a mi padre.

Mi madre se echa a llorar. No puedo evitar llorar yo también.

—María —dice mi padre— como la abuela.

—Como la abuela —repito.

—¿Cómo te has pagado todo esto?

—Trabajando, como hace todo el mundo.

—¿En qué?

—En muchas cosas —demasiadas para contarlas.

—¿Ya no hay vuelta atrás?

—Hace un año que no hay vuelta atrás. Solo me queda una inyección. No he venido a por vuestra aprobación. Solo a mostrar quién soy. Si me aceptáis o no, es vuestro problema.

—Tú no eres un problema, María.

—¿Entonces cuál es?

—Ninguno.

—No entiendo.

—Sé que crees que entiendes lo que piensas que dije, pero no creo que te hayas dado cuenta que lo que escuchaste no es lo que quería decir hace un año.

—¿Cómo?

—Danos tiempo. Pero estamos contigo. Te hemos echado de menos. Además, vas a ser tía.

—¿Cómo?

—Tu hermano y su novia van a tener un niño.

—¿Por qué no me habíais dicho nada?

—Porque hace un año que no nos coges el teléfono.

No entiendo nada. Mis padres me aceptan, voy a ser tía. Mi hermano tiene solo una novia. Todo es perfecto.

Bip, bip, bip, bip.

Abro los ojos en la camilla de un hospital ¿Soy yo?

—María, María ¿Cómo se encuentra? Soy el Doctor Fernández ¿Puede oírme?

—S-sí —llego a articular—. ¿Dónde estoy?

—Se encuentra en Barcelona. La operación ha tenido complicaciones. Ha pasado varios días en coma. Temíamos lo peor, pero ha sido un éxito. Ahora es usted una mujer completa.

—Pero yo ya lo era. Hace un año.

—No, María, hoy ha sido la operación. Antes tuvimos que reconstruirle el abdomen. No se preocupe, la confusión es normal. Le dejo con su familia. Veo salir al médico por la puerta, todavía algo alelada por la anestesia veo entrar a un hombre y una mujer con un carrito de bebé.

—Hola, Char...María ¿Cómo estás? —dice José.

—¿Dónde están mamá y papá? —pregunto antes de nada, intentando incorporarme.

—En el cielo, con la abuela, María.

—¿Qué? —le miro atónita.

—Hace un año los dos nos dejaron en aquel accidente, después de que les dijeras que querías ser mujer. No hagas bromas con esto, por favor.

—P-pero se los he dicho y me aceptaban.

Mi hermano me mira con cara angustiada.

—Déjame presentarte a tu sobrina.

Hoy vuelvo a tener miedo, sabiendo que todo es imperfección.

Railindae

CONTIGO



—Entonces vete —lanzó Salvador, más como una súplica que como una orden.

—¿Lo qué?

—Que te vayas. Que si no eres feliz conmigo, puedes irte.

—No dije que...

—Solo vete.

—¿Me estás hablando en serio? —preguntó Aurora, incrédula.

—Sí.

—Si eso es lo que quieres, está bien —contestó la mujer con frialdad, mientras bajaba lentamente la mirada con un dramatismo teatral. Se quedó mirado al suelo por unos segundos, como buscando algo que ni siquiera sabía haber perdido, y, con la misma afectación, volvió a levantar la cabeza en busca de los ojos de Salvador, que se le escapaban como hormigas en medio del patio. Aurora abrió la boca como para decir algo, pero, después de haber pasado tantas horas discutiendo, ya había olvidado por qué diablos habían empezado a pelear. Convencida de que

Salvador había vuelto a entreverarle las ideas con su retórica retorcida, insistió:

—¿De verdad estás seguro?

—Sí, estoy seguro. Vete —repitió el hombre, esta vez sí como una orden.

—Salvador, ¿qué te pasa? —preguntó Aurora preocupada, ya que, tras algunos años de convivencia, sabía bien que las discusiones domésticas, y sobre todo las más prosaicas, nunca son por un tema doméstico.

—A mí no me pasa nada. Eres tú la que no eres feliz conmigo, así que te puedes ir yendo.

—Pero yo sí soy feliz con...

—Que te vayas.

Aurora miró al hombre que desde hacía años consideraba como el primer y único amor de su vida con los ojos suplicantes, implorando una explicación que este no estaba dispuesto a darle. Esa noche, la joven durmió en casa de su mejor amiga, quien le aseguró que todo se solucionaría una vez que las cosas se enfriaran y que él tomara conciencia de que, a menos que pidiese perdón, la perdería para siempre. Sin embargo, las disculpas y la reconciliación que Aurora tanto esperaba nunca llegarían. En los días siguientes, ella misma intentó contactar a Salvador para aclarar las cosas, pero este la ignoró con tanta desidia que Aurora acabó cuestionándose si aquel bosquejo de hombre que le quedaba en el recuerdo de verdad había existido.

Una tarde, varios meses después de la ruptura, Aurora caminaba distraída, mirando las vidrieras sin verlas, cuando se topó con su propio reflejo que la observaba escondido entre las ofertas de fin de temporada y casi la mata del susto. Pasado el sobresalto inicial, su reflejo, que a Aurora le costó reconocer porque se veía más demacrado que nunca, le lanzó una mirada burlona, divertido de que su mismísima dueña fuera tan despistada como para no identificarlo. Entonces, como un halo de luz

polvoriento, a la joven le vino a la mente el comentario que Salvador le hacía siempre que la veía en la luna: «Eres tan soñadora que no andas con la cabeza en las nubes, sino con nubes en la cabeza». El recuerdo de ese chiste interno le perforó la memoria como un puñal y le ensombreció el alma, porque no podía ser que, después de tantos meses, todo la hiciera pensar en él, incluso su propio reflejo.

Aurora bajó la mirada, decidida a volver a casa con los ojos clavados en el suelo como una niña encaprichada, pero las baldosas de la calle le recordaban la cocina de Salvador, por lo que, casi tan exasperada como desesperada, optó por cerrar los ojos por completo. Caminaba por la calle aleteando los brazos estirados, con un patético aspecto de momia recién resucitada, cuando se topó con lo que bien podía haber sido otro cadáver, puesto que, apenas lo rozó, cayó estrepitosamente al suelo. Aurora abrió los ojos de inmediato, dispuesta a ayudar a quien había empujado por culpa de su perenne ridiculez, y le tendió el brazo para que se levantara. No lo reconoció hasta que, apenado por su vergonzoso aterrizaje sobre la acera pública, Salvador debió vencer su orgullo y darle la mano. Cuando se dio cuenta de que era él, Aurora se quedó obnubilada, como si alguien hubiera juntado toda la luz del mundo y se la hubiera arrojado a la cara. Se abalanzó a sus brazos con la misma desesperación con la que un náufrago se aferra a una tabla de madera en medio del mar, aunque sabía bien que, en este caso, ella no era el náufrago. Habría querido abrazarlo para siempre, pero Salvador estaba tan enjuto que Aurora tenía miedo de hacerlo trizas con la fuerza de su abrazo. Lo fue soltando de a poco, con la delicadeza con la que se pasa un bebé de brazo en brazo, y lo miró resignada. Salvador advirtió que ella ya había entendido, pero, de todas formas, sabía que le debía una explicación:

—Sé... sé que crees entender lo que piensas que dije, pero... pero no estoy seguro de que te des cuenta de que lo que escuchaste no es lo que quise decir.

—Bueno, ahora ya entendí —respondió Aurora con los ojos llenos de lágrimas y de reproches. No sabía qué le dolía más: si que el hombre que amaba se estuviera muriendo o que se estuviera muriendo sin siquiera habérselo dicho.

—Por eso quería que... que te fueras... No quería que... que me vieras así —explicó Salvador trabajosamente, como si pronunciar cada palabra, cada sílaba, implicara un esfuerzo monumental.

—Podríamos haber luchado juntos —apuntó Aurora con un hilo de voz, antes de que la venciera el llanto.

—No... no llores, por favor. No había nada por que luchar. El... el diagnóstico fue... definitivo.

—¿Cuánto...?

—Un mes... dos... Ni siquiera debería... andar por la calle. Las enfermeras... no lo podían creer.

—¿A dónde ibas?

—A buscarte.

—¿A mí? —preguntó Aurora con tantas emociones entreveradas que había quedado entumecida—. ¿Por qué justo ahora?

Salvador le apretó la mano con una firmeza insospechada en aquel hombre demacrado con ojos desorbitados y contestó:

—Porque... porque al fin caí en la cuenta de que... de que si voy a morirme, quiero que sea contigo.

Rosa Benítez

DCLXC A. U. C.



«Llenar todo el anfiteatro con la voz no es fácil; en una ocasión como esta, tantas miradas sobre uno impresionan. Pero en el uso de la palabra nadie me puede vencer; es más, nadie me puede atacar: sería un sacrilegio demasiado grande. Sin embargo, él tiene la fuerza de las armas, y cuenta con muchos apoyos, incluso aquí dentro...».

«Tengo que envolverlo en mis redes. Tengo que hacerle creer que tiene la partida en sus manos, que ignora los preparativos que ha puesto en marcha, dejarle que piense que sabe de qué hablo, mientras me preparo para asestarle el golpe final».

Mientras esto pensaba no paraba de hablar. Lenta, majestuosamente; era un maestro en ese arte, todos lo tenían por tal, y lo temían por ello. La dicción perfecta, una profusión de citas abrumadora, una erudición desbordante, todo excesivo, como él. Pero el otro era demasiado ufano, demasiado seguro de sí mismo, sin darse cuenta de que por debajo del ceremonioso discurso, cuyo sentido se le escapaba, las palabras tejían una red invisible a su alrededor que lo iba exponiendo cada vez más y lo dejaba inmovilizado, como hacía la araña con su presa.

Pero no había que perder el hilo.

«Concentración. Hay que darle vueltas, hay que enredarlo lo suficiente antes de que tenga tiempo de darse cuenta de lo que está sucediendo, de que en breve ya no tendrá escapatoria, de que este juego le viene grande. Su peor enemigo es su jactancia; cree que de un zarpazo se va a librar, pero mis palabras tejen una red de la que no es tan fácil escapar».

«Lo veo turbado ahora. Tal vez sospecha algo, debe de ser mi calma; le debe parecer demasiada inconsciencia... pero no, cree que no puede fallar su plan. Pobre, él no comprende, los demás sí, empiezan a ver que se está quedando solo, no tardarán en comenzar a apartarse de él, como si fuera un apestado».

Y pensaba esto y seguía hablando, aderezando su discurso con ejemplos morales de los tiempos antiguos, otros tantos mensajes en clave para quienes, más veteranos, empezaban a ver claramente por dónde empezaba a soplar el viento, y de qué lado convenía ponerse. Disimuladamente, eso sí, pero antes que los demás: convenía que quedara claro de qué lado había estado uno siempre...

«Patético. No sabe de dónde le va a venir. No se ha enterado de nada. No sabe que lo sé todo, que sus cartas están al descubierto. Es ahora».

Carraspeó. Hizo una pausa. Sonrió para sus adentros. Se dijo que tenía que acordarse de poner todo esto por escrito.

— ¿Hasta cuándo, Catilina, abusarás de nuestra paciencia?

SPQR

LISTA DE AUTORES Y LECTORES

AUTORES

Sara Arilla
María Baile Rubio
Eduardo Basanta Rodríguez
Lucía Bermúdez Carballo
María del Carmen de Bernardo Martínez
Isabel Calderón
Adriana Casals Riera
Carla Cerchiara
Giorgina Ceturri
Mercedes Escudero
María Almudena Iglesias Napoleón
Mónica Iniesta Guerra
Fernán González-Alemán
Luis Fernando González Trujillo
María del Mar Moya Tasis
Sylvia Navone
María Julia Pich
Pablo Roufogalis L.
Ana Santana

LECTORES

Ignacio Álvarez Castillo
Celia Barnés Castaño
Laura Chumillas
Alfonso Ferrer
Fernando García Alonso
Helen Gilboy
Pablo Hernández
María Eliana Inostroza
Patrocinio López Herrada
Mercedes Martínez Mezo
Ernesto Musso
María Nobrega
Carlos Oppenheimer
Cristina Parzenczewski
Tomás Pons
Emmanuelle Fabre Turner

corazón vacaciones tiempo ahora idea
critico paz belleza grandeza milagros
palabras comedia arte personas pensamie
sentimiento creador imagen natura
amar agua arquitectura tierra campo f
juegos horizonte ciudad pueblo mont
aventura traducir posesión familia
débil compasión ayudar disfrutar osar
mejor noche dulce certeza realida
tempestad amigo bienestar sonreír deporte
universo hombre asteroide mujer tifón ca
cuerpo moda colegio despedida triste pas
majestuoso brillante austero payaso poesia
conductor pena sobrevivir despejarse salt
campar donde viento flor interpretar c
años presumir contemplar abusar
seno invierno calentar componente exis
nobleza diestro bestia cultura h